

*Colección  
Cuentos desde el Bosque*

Las aventuras

de bosque

Amigo

*Duna  
y su equipo*

© **Edición impresa:** Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación  
Secretaría General Técnica. Centro de Publicaciones  
Edición financiada por el Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación

© **Edición digital:** SDL, INVESTIGACIÓN Y DIVULGACIÓN DEL MEDIO AMBIENTE, S.L.

© **Textos:** Gracia Basanta Romero-Valdespino

© **Ilustraciones:** Charo Higuera

© **Edición, diseño y maquetación:** SDL Investigación y Divulgación del Medio Ambiente, S.L.  
**Coordinación:** Susana Domínguez Lerena

### **Duna y su equipo: las aventuras de Bosque Amigo**

NIPO (en línea): 003 -19-2118

DL: M-29901-2009

Catálogo de Publicaciones de la Administración General del Estado:  
<http://publicacionesoficiales.boe.es/>

En esta publicación se ha utilizado papel 100 reciclado libre de cloro

#### **Distribución y venta:**

Paseo de la Infanta Isabel, 1

28014 Madrid

Tfno.: 91 347 55 41

Fax: 91 347 57 22

#### **Tienda virtual:**

<https://www.mapa.gob.es/es/ministerio/servicios/publicaciones/centropublicaciones@mapa.es>

Queda prohibida la reproducción total o parcial tanto del texto como de las ilustraciones de este libro sin la previa autorización por escrito de sus autores y de SDL, S.L.



El certificado FSC® (Forest Stewardship Council®) asegura que la fibra virgen utilizada en la fabricación de este papel procede de masas certificadas con las máximas garantías de una gestión forestal social y ambientalmente responsable y de otras fuentes controladas. Consumiendo papel FSC® promovemos la conservación de los bosques del planeta y su uso responsable.

*Cuentos desde el Bosque*

**Duna y sus amigos.  
Las aventuras de  
Bosque Amigo**

# Índice

## Prólogo



## Cuentos

Aprendiendo del Bosque 11

¿Por qué llegó la riada? 39

Renaciendo de las cenizas 55

Los ladrones de resina 71

El Árbol que salvó al pueblo 91



## Actividades

Actividades complementarias 107

# Prólogo

Fue en el año 2011 cuando salió a la luz la primera colección del proyecto didáctico CUENTOS DESDE EL BOSQUE con el objetivo de a conocer, entre los más pequeños, la importancia de los bosques, los problemas y peligros que presentan o pueden presentar y la necesidad de su protección. Este nuevo libro de la colección que sale a la luz pretende poner en valor la gestión de los bosques como elemento fundamental para el desarrollo rural y la sostenibilidad del hombre con la naturaleza. Valores que son actualmente claramente destacados por la Estrategia Forestal de la Unión Europea, en la que afirma que los bosques constituyen importantes ecosistemas, así como una fuente de riqueza y empleo en las zonas rurales, si son gestionados de forma adecuada. La gestión forestal sostenible, que garantiza la protección de los bosques, es uno de los pilares del desarrollo rural y uno de los principios en que se basa la estrategia forestal.

Así mismo, la FAO en su Estrategia de los Bosques y el Sector Forestal apuesta por una ordenación forestal sostenible y un incremento de la bioeconomía para evitar el despoblamiento rural y la pérdida de espacios naturales por el abandono. España puede presumir de ser uno de los países europeos en donde se ha llevado a cabo una gestión sostenible en el tiempo de determinados aprovechamientos, gracias a ello podemos contar con multitud de espacios de bosques bien gestionados que han perdurado hasta nuestros días.

En la actualidad existen numerosas publicaciones relativas a los árboles y los bosques españoles, pero aún son muy escasas las destinadas especialmente al público infantil y con esta temática. La realización de labores de educación y sensibilización ambiental para niños centradas en los árboles y los bosques es de

gran importancia para asegurar su conservación en un futuro, pues ellos serán los encargados de poner en marcha las medidas necesarias para conseguirlo.

Los niños deben conocer la importancia de gestionar adecuadamente el patrimonio arbóreo español de una forma amena y divertida. Por ello, y teniendo como telón de fondo la celebración del AÑO INTERNACIONAL DE LOS BOSQUES y LA EDUCACIÓN, en este 2019, se ha estimado adecuado proporcionar a los padres y educadores un material didáctico, que en forma de cuentos ilustrados con los árboles y los bosques como protagonistas, transmitan a los más pequeños la importancia de su conservación y de su gestión sostenible.

Estos cuentos van acompañados de una serie de actividades para hacer a los niños más participes de su lectura, ayudándoles a afianzar y profundizar en los conocimientos, sentimientos y valores transmitidos en ellos.

El apoyo de la Dirección General de Desarrollo Rural, Innovación y Política Forestal del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación ha permitido realizar la edición digital de los libros, que presentamos también impresa.

Esperamos que estos libros ayuden a padres y educadores a transmitir a los más pequeños el valor y la importancia de la gestión de nuestro patrimonio natural.

# Cuentos



# Aprendiendo del Bosque

Cuando empezó a sonar aquella melodía pensé, en mi sueño, que Jars había comenzado uno de sus extraños bailes mágicos. Pero no. Era mi móvil, que al tiempo que sonaba, se dirigía peligrosamente al borde de la mesilla por efecto de la vibración.

No eran Jars ni Gato. Número desconocido. A aquellas horas me dieron ganas de silenciarlo y olvidarme de él hasta el día siguiente. Sólo hacía tres horas que había conseguido conciliar el sueño y estaba agotada, pero me pudo la curiosidad. ¿Quién sería a esas horas de la noche?

—¿Diga?—¿Duna? ¿Eres Duna?

—Sí, soy yo. ¿Quién llama?

- Duna! Soy Petrus, ¿te acuerdas de mí? Nos encontramos hace unas semanas en Galicia recorriendo aquellos parajes tan maravillosos. He tratado de contactar con Jars pero no consigo dar con él, así que me he decidido a llamarte por este aparato que tanto os gusta a los humanos.

—Oh, Petrus —dije, con la voz pastosa tratando de despertarme del todo—. Me acabas de sacar de un sueño profundo y aún me resulta difícil hasta recordar quién soy yo... Pero sí, claro que sé quién eres. El sabio Petrus con su inseparable Tuy. ¿Cómo seguís tú y tu pequeño caballito salvaje? Me alegro de oírte aunque sea a estas horas.

—¡No, no, no! —gritó Petrus con su vocecilla aguda—. ¡He vuelto a olvidar que los humanos pasáis un tercio del día durmiendo! Lo siento muchísimo, Duna, de verdad.

—Tranquilo, son gajes del oficio. Esto me pasa por rodearme de seres maravillosos que con minutos de sueño de vez en cuando, tiran horas y horas de vigilia. Pero dime, Petrus, ¿hay algún problema?



—Mira, Duna, me haría muy feliz si tú y tu equipo pudierais venir a la asamblea que hemos convocado en Vientonorte. Tenemos asuntos serios que tratar y seríais de gran ayuda. Últimamente están pasando cosas que no deberían volver a pasar y tanto el pueblo como los que habitamos en el bosque estamos preocupados. Creemos que es hora de reunirnos y llegar a acuerdos. Si queremos que la convivencia y los beneficios que hemos tenido unos y otros durante siglos no se acaben, hay que hacerlo ya, antes de que las cosas vayan a más.

—No me digas más —le respondí, entusiasmada—. ¡Nos pondremos rápidamente en marcha! José Ramón no podrá acompañarnos, pero siempre nos podrá asesorar en caso de duda. Como ingeniero forestal y después de toda una vida en el bosque sería la persona más indicada para ayudarnos, pero desde hace un tiempo está prácticamente retirado, ya sabes... sus libros, sus charlas en colegios...

—Lo sé, lo sé. Pero no hay problema —dijo Petrus—. Tú eres digna sucesora de su saber, así que tranquila. Te esperamos a ti y a tu equipo con impaciencia. ¡Hasta pronto!

En seguida escuché el vacío al otro lado de la línea. Petrus había colgado sin darme tiempo a despedirme.

Dejé el teléfono sobre la mesilla y me quedé unos instantes sentada al borde de mi cama tratando de ordenar mi cerebro. ¡Madre mía! ¡Otro caso nos reclamaba cuando apenas hacía 24 horas que habíamos vuelto de nuestra última misión! Esta vez, nuestra pequeña hada Gato iba a tener que llevar buenas provisiones de raíces reconstituyentes para que aguantáramos el viaje con la mente despejada. Después de unos minu-

tos de yoga y otros de meditación, me dirigí a la cocina para hacerme un estupendo desayuno mientras por el manos libres oía sonar la llamada al teléfono de José Ramón. Después de largo rato sonando contestó una voz como de muerto viviente que me hizo reír.

—¿Diga...?

—José Ramón, siento las horas. Duna al habla. Nos volvemos a poner en marcha, acabo de hablar con Petrus, quien, por cierto, me dio recuerdos para ti. Dice que la situación allí es difícil así que volamos en cuanto estemos listos. Calculo que será en no más de tres horas. Dale un buen desayuno a Diomedea, prepara las alforjas con lo necesario y ven por nosotros. Te espero en el claro del bosque a las 7 AM. Gracias, papá. ¡Te quiero!

—Ay, Duna, qué joven eres. ¿Cómo puedes tener tanta energía a las 4 de la madrugada? Bien, trataré de engrasar mis articulaciones y estar a tiempo. Petrus es de los mejores, si necesita ayuda debéis ir de inmediato. ¡Equipo Gran Bosque en marcha!

Sentada en el escalón de entrada a mi cabaña con una taza de té caliente disfruté por unos instantes de aquella paz. El bosque en el que vivo junto a mis fieles amigos es maravilloso, en él he crecido y de él he aprendido todo lo que sé. José Ramón me encontró escondida entre unas raíces, desnuda, hambrienta y algo salvaje. Debía tener no más de tres años y desde entonces viví con él. Nunca consiguió saber quién era yo, de dónde había salido, quienes fueron mis padres, así que me convertí en su hija y él en mi padre, mi maestro, mi mago, mi amigo. José

Ramón y el bosque, con todos sus seres maravillosos, han hecho de mí lo que soy.

Aún era de noche, el bosque y sus sonidos tan llenos de vida y de misterio me envolvían. Pero era hora de ponerse en marcha, así que sacudí la cabeza como queriendo echar fuera los últimos restos de sueño y, con mucha delicadeza, hice sonar las campanillas de viento. Aquel suave sonido era el despertador de Gato y Jars. Pronto, entre las sombras, pude distinguir los enormes y brillantes ojos de mi amiga Gato. En realidad, su nombre en el idioma de las hadas era algo parecido a Vf-inh. Yo nunca he podido pronunciarlo correctamente, así que siempre la llamé Gato, pues eso me pareció cuando siendo todavía una cría vi sus ojos que refulgían entre los helechos. Comencé a llamarla: “¡Gato, gatito, ven, ven, gato!” al tiempo que me acercaba despacio para no asustarla. Cuando aparté las hojas descubrí un ser diminuto con unos ojos maravillosos y una sonrisa que llenaba toda su carita. Ella fue la primera que se dejó ver y la que me abrió las puertas de aquel mundo mágico y maravilloso.

—¡Hola, Gato, buenos días! Siento despertaros tan temprano, pero tenemos una misión.

—Buenos días, Duna. No te preocupes, ya sabes que mi necesidad de sueño no es como la tuya. De hecho, ya estaba dando una vuelta por los alrededores desde hacía un rato. Jars viene de camino, debe de estar ya cerca, pues salió hace más de una hora a visitar al polluelo de Ada que, como sabrás, resbaló del nido el día de la tormenta.

—Ay, pobre, no lo sabía. ¿Algo grave?

—Parece que se recuperará sin problemas, aunque Ada se llevó el susto de su vida. Bien, dime qué sabes. ¿Quién nos necesita esta vez?

Le resumí brevemente lo poco que sabía mientras preparábamos el saquito de hierbas y raíces y algo de comida para el viaje.

Pronto llegó Jars, corriendo con sus pequeñas pero fuertes piernecillas. Jars es lo que los humanos llamamos duendes. Seres inteligentes y valientes que no sólo velan por sus bosques y todos sus habitantes, sino que protegen y ayudan a los humanos que entran en ellos con buenas intenciones si los ven en apuros. No suelen dejarse ver, únicamente los niños y ciertos adultos elegidos lo consiguen.

Ellos, Gato y Jars, son mi equipo. José Ramón ya no viaja con nosotros desde hace algún tiempo, nos ayuda desde aquí y cuida a Diomedea en su cabaña de la costa. Ahora vive entre el bosque y el mar, en una pequeña cala a la que sólo se puede llegar en barca o tras una caminata de varias horas a través del bosque. Allí dedica su tiempo a escribir libros para niños donde cuenta todo lo que sabe sobre los bosques y lo importante que es que los humanos valoremos y cuidemos lo que tenemos si queremos sobrevivir. También va a dar charlas a colegios e institutos o allá donde le llaman.

Mientras preparábamos las mochilas y algo de comer les puse al tanto de lo que Petrus me había dicho. Sabíamos por nuestra red de informadores que en algunos lugares la convivencia entre la naturaleza y los humanos había comenzado a deteriorarse por culpa del turismo descontrolado, de miles y miles de personas pisoteando sin control, encen-

diendo fuegos, arrancando setas, tirando basura e incluso maltratando animales. Nos imaginamos que los problemas de Petrus irían por ahí, así que antes de marcharnos le pediría a José Ramón que nos diera una charla resumida sobre cómo gestionar el problema. Sus ideas nos serían, seguro, de gran ayuda.

Al poco escuchamos el batir de las enormes alas de Diomedea, la fiel albatros. José Ramón saltó de un brinco y se quitó las gafas y el casco de piloto de la I Guerra Mundial que usaba en sus vuelos y se acercó a mí sonriendo. Nos abrazamos con cariño y durante unos instantes me miró con sus ojos profundos.

—Estás creciendo, Duna. Ya eres toda una mujer. ¡Y yo todo un viejo! Pero aquí seguimos, juntos en la tarea de hacer un mundo mejor.

—Sí, papá. Me da pena que no vengas con nosotros porque todos necesitamos de tus conocimientos. Nadie sabe tanto como tú y seguro que podrías ayudarnos a solucionar los problemas.

— ¿Sabes, Duna? Confío plenamente en ti, en tu capacidad y tu formación. ¡Por algo tuviste al mejor maestro! —sus risotadas retumbaron por todo el bosque—. Mira, mientras venía me he estado informando sobre los asuntos que preocupan a nuestro amigo Petrus.

Existe una avalancha de turistas en ciertas épocas del año, que claramente hay que gestionar mejor, creo que eso podemos solucionarlo sin mucho problema, he encontrado algunas alternativas que pueden ayudar. Debemos hablar con los vecinos y organizarnos.



En cuanto a lo otro, te dejo este libro para que vayas recordando de camino hacia allí. Recuerda que son muchos los que viven del turismo en el pueblo. Pero es imprescindible controlar y educar. Si tienes dudas, ya sabes, me puedes llamar a cualquier hora. Y ahora, ¡en marcha! ¡Jars, Gato! ¿Todo listo? —preguntó con su vozarrón.

Dos manitas se agitaron entre las plumas de Diomedea:

—¡Aquí estamos! ¡Listos para partir! —contestó Gato al tiempo que Jars elevaba su diminuto pulgar.

—Adiós, papá. Te iré contando cómo marcha la asamblea —me despedí.

—Da recuerdos a Petrus y a todos los demás. Y si tienes tiempo acércate al taller de Don Finestres y cómprame una buena cuchara de palo, que ya me hace falta cambiar. Y si queda miel de bosque, no vendría mal un tarrito.

—Hecho. Cuídate mucho. Espero que disfrutes de estos días de regreso a tu viejo bosque. Como verás, la cabaña sigue igual que cuando vivíamos juntos. ¡Hasta tu manta de cuadros mil veces remendada sigue en tu cama! ¡Disfruta! ¡Adiooooos!

No os podéis imaginar lo que es volar en un albatros gigante. La sensación maravillosa de ingravidez, el sonido del viento en los oídos, el poderío de sus alas, las vistas incomparables... La primera vez que volé con Diomedea no pude parar de llorar de la emoción y no os ocultaré que sobre todo al principio, cuando despegó del suelo, sentí bastante miedo. Pero una vez arriba, ¡puf! Es como estar en el cielo.

El viaje no sería muy largo así que decidí disfrutar del panorama in-

comparable de las montañas aún nevadas que se veían ya a lo lejos. Jars y Gato disfrutaban también del viaje, cada uno en su pequeña silla de montar que se sujetaban con un arnés de cuero a las alas y el cuerpo de Diomedea. Igual que la mía, pero de tamaño diminuto.

Aún recuerdo a Don Onofre, el carpintero de mi pueblo, con los ojos como platos mirando el diseño que le llevé dibujado. Y su voz socarrona:

—Ay, niña, con lo mayorcita que eres y aún jugando con muñecas...

En sólo dos horas, nuestra fiel albatros había aterrizado en el valle. Yo me dirigí con el equipaje hacia la posada más antigua del pueblo, después de quitar el arnés a Di y dejarla volar libremente de vuelta a casa. Gato y Jars se despidieron hasta la noche, en que nos reuniríamos para cenar con Petrus y otros amigos. Les vi correr hacia lo más oscuro del bosque en busca de su gente, que les alojarían por unos días.

Una vez instalada llamé a Gerard, compañero de estudios de José Ramón que llevaba trabajando en los bosques Pirenaicos muchos años.

—¿Gerard? —pregunté al oír una voz ronca al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo. ¡Hola, Duna, bienvenida! Me tienes que perdonar pero llevo de conversación y de discusión en discusión un montón de días y creo que me estoy quedando ronco. Me alegro mucho de que hayáis venido, realmente nos hace falta vuestra objetividad y vuestra mano izquierda con nuestros amigos del bosque. Esta vez están realmente enfadados y amenazan con acciones que no serían buenas para nadie.

—Sí, algo me han contado Petrus y J.R. ¿Tan mal van las cosas, entonces?

—Ya lo verás mañana en la asamblea. Después de los últimos destrozos causados por los turistas, las posturas se radicalizan por momentos. Algunos no quieren entrar en razón...

—Bien, pues no te preocupes. Haremos todo lo posible por llegar a acuerdos y que todos puedan disfrutar nuestros bosques sin dañarlos. Nos vemos mañana en la antigua serrería. Ahora descansa y cuídate la voz; la necesitarás.

—Buenas noches y gracias de nuevo. ¡J.R. debe de estar muy orgulloso de tenerte como hija! —susurró casi sin voz antes de colgar.

Me cambié de ropa, pues aún llevaba el mono de vuelo, me puse un simple vaquero y una camisa, me calcé las botas y bajé en busca de gente conocida. Pronto se me acercaron algunos viejos amigos a los que hacía tiempo que no veía y entre ellos estaban Pol y Mar, dueños de aquella preciosa posada, con los que salí al porche para ver el atardecer mientras me ponían al día de la marcha del negocio.

En esto llegó Jars jadeando. Su cara no sugería nada bueno.

—¡Todo pisoteado! ¡Arbolitos bebés cortados para hacer cabañas, basura por todas partes y hasta setas arrancadas! Algunos nidos han sido apedreados hasta hacerlos caer...

El pobre duende lloraba desesperado mientras enumeraba uno tras otro los destrozos que había encontrado en su paseo.

—Tranquilo, Jars. Ya nos dijeron que el tema era grave y venimos para ayudar. Así que respira, cálmate y ve a buscar a Gato. Justamente Pol y Mar comenzaban a relatarme lo que había pasado.

Un rato después estábamos sentados junto al fuego disfrutando de un

rico té con miel, especialidad de Pol.

—Veréis —dijo, muy serio—, ya habíamos tenido algún año visitantes poco recomendables, pero hablando con ellos y enseñándoles con paciencia los beneficios de cuidar y conservar este tesoro que tenemos, conseguíamos que cambiaran. Muchos de ellos se concienciaban de tal forma que comenzaron a participar en actividades de ecoturismo, nos ayudaron y, de hecho, aún nos ayudan. Pero la invasión de gente de los últimos meses nos cogió desprevenidos y se nos fue de las manos. Vinieron grupos enormes de todas las edades, de todos los lugares. El pueblo estaba contento porque la inyección de dinero fue copiosa, pero cuando quisimos darnos cuenta de los daños, no había forma humana de pararlo. Muchos animales se han ido al otro valle, hay especies pisoteadas sin control, varias hectáreas quemadas por un fuego de campamento mal apagado... Jars tiene razón. Es duro de ver. Por eso hemos convocado la asamblea. Queremos poner sobre la mesa los pros y contras del turismo, queremos que tanto el pueblo como el bosque puedan seguir beneficiándose mutuamente. Propondremos soluciones y Gerard llevará a los políticos nuestras demandas para que nos ayuden en la gestión sostenible de nuestro querido bosque.

—Estoy segura de que lo conseguiremos —dije, tratando de animar a mis compañeros—. Vamos, mañana nos espera un día intenso. Descansemos y cojamos fuerzas para ello.

Jars, algo más repuesto, se despidió en silencio tocando la punta de su gorrito con los dedos, casi como un militar. Yo sabía que dormiría muy poco, pasaría la noche recorriendo el bosque, hablando con unos y con





otros para enterarse bien de la opinión, las quejas y las propuestas de todos. Gato, sin embargo, que había estado muy callada y sería desde que llegamos, se quedó junto a mí. Supe que tenía algo que decirme a solas. Di un beso a Pol y otro a Mar. Me ofrecí a ayudarles con sus muchas tareas de hospederos, pero ellos se echaron a reír y me mandaron a descansar.

Me gustaban mucho aquellos dos amigos. Él era de allí de toda la vida. Había nacido, de hecho, muy cerca de la posada, pues a su madre no le dio tiempo ni de llegar a casa para dar a luz. ¡Fue un ecoparto perfecto! Pol siempre lo cuenta como si pudiera recordarlo, de tanto que oyó a su madre contarle: la luz entre las hojas, el silencio en el que quedó el bosque hasta que aquel diminuto bebé comenzó a respirar y a llorar, y los sonidos de fiesta que acompañaron esos primeros llantos. Pol se llena de orgullo cuando lo cuenta y siempre acaba con su frase favorita, que todos sus amigos coreamos: ¡Soy un auténtico hijo del bosque! Su infancia transcurrió entre su pueblo y contadas visitas a la ciudad. Después pasó por la universidad con la idea clara de que quería formarse para poder dar a conocer su entorno a gente de ciudad que necesitaran ese encuentro vivificador y poderoso con la naturaleza. Ya tenía en mente lo de la posada y puso toda su ilusión en ello. Fueron años duros por estar separado de lo que tanto quería, pero fructíferos. Porque, además, allí conoció a Mar, también estudiante y, casi sin darse cuenta, se embarcaron en un proyecto común que seguía entusiasmándoles después de tantos años.

Eran una curiosa pareja: Pol tirando a bajito, moreno, fuerte como un

toro y con unos ojos que reían todo el rato; Mar era alta, espigada, con una melena rizada de color castaño claro y unos ojos verdes como el bosque. Era alegre a más no poder, positiva y siempre dispuesta a echar una mano. Realmente eran una pareja perfecta y unos amigos insuperables.

Les vi continuar con sus tareas mientras me dirigía a mi cuarto seguida de Gato. Como os podéis imaginar, Gato es un hada y, como buena hada, vuela como si fuera un colibrí: a toda velocidad. De hecho, a veces no la veo de tan rápido que va. Por eso me extrañó que esta vez viniera detrás de mí y no me pasara cien veces revoloteando a mi alrededor como era su costumbre.

Me estaba preocupando la actitud de mi querida Gato. Nunca la había visto así.

Entramos en la amplia estancia que con tanto mimo me habían preparado mis amigos posaderos. Sabían que me gustaba la buhardilla, con sus techos inclinados, su robusta cama de pino y su pequeño mirador por el que se veía el cielo.

Me senté en la jarapa apoyando mi espalda en la cama y Gato se posó en mis rodillas. Entonces, tras mirarme unos segundos con sus enormes ojos, se echó a llorar. Me quedé de piedra. Jamás había visto llorar a mi querida hada. La tomé con cuidado en mis manos y la acerqué a mi mejilla. Ella se acurrucó en mi cuello y allí la dejé desahogarse. Durante unos minutos sólo pudo sollozar. Después, poco a poco, su respiración fue haciéndose más pausada y por fin pudo hablar:

—Nuestra reina ha desaparecido. Fue hace dos días. Estaba inspeccio-

nando los daños para poder contar en la asamblea la verdad de lo sucedido cuando desapareció. Todos llevan buscándola desde entonces, pero no hay ni rastro. Ninguna ave, ningún árbol, ninguno de los animales o seres del bosque ha visto nada. Se esfumó. Se evaporó.

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas y de nuevo rompió en sollozos. Pobre Gato. El asunto era grave de verdad. Era urgente encontrar a la reina. ¡Sin ella la asamblea no podía realizarse!

Durante unos minutos la dejé llorar acurrucada en mi hombro, muy cerquita del cuello, donde le gustaba resguardarse. Poco a poco sentí que su respiración se iba serenando y le pregunté:

—¿Estás mejor? ¿Puedes hablar?

—Sí. Perdona, Duna —me contestó ya con voz firme—. ¿Sabes? La reina de las hadas no es sólo una figura, un título. Es mucho más, no sólo para nosotras las hadas, también para todos los seres del bosque. Ella nos enseña a mirar, a respetar y a amar profundamente al bosque. Sin ella estamos perdidos, huérfanos. No voy a llorar más, te lo prometo. Pero, por favor, ¡ayúdame a encontrarla!

—Claro que te ayudaré —contesté—. Ahora voy a descansar unas horas para estar mañana bien despejada. Tú, si quieres, manda un mensaje global. Quiero que todos, absolutamente todos, sepan lo que sucede y nos ayuden. Verás como muy pronto la encontraremos y todo volverá a ser como debe ser.

Gato apoyó su frente en la mía mientras movía sus pequeñas alitas como un colibrí. Sentí su fuerza y su fragilidad al mismo tiempo. Después se despidió con un leve gesto y salió perdiéndose en el oscuro bosque.

Dormí profundamente durante unas pocas horas. Cuando desperté salté de la cama y tras una ducha fresquita para despejar de mí cualquier rastro de sueño, bajé al comedor. Allí estaban ya Pol y Mar encendiendo la estufa de leña. Del horno salía un maravilloso olor a pan recién hecho.

—Buenos días, madrugadora —dijo Pol, sonriente.

—Buenos días, Pol. Hola, Mar. ¿Os echo una mano?

—¡Jajaja! ¡No! Tienes café, pan y fruta. Creo que debes coger fuerzas. Por lo visto algo muy importante está pasando. Mira por la ventana — dijo, guiñándome un ojo.

Intrigada, me asomé por el gran ventanal que daba al bosque. ¡Oh, por todos los duendes! ¡Estaban todos! Osos, ciervos, jabalíes, conejos, culebras, aves de todo tipo. Por el cielo, en los árboles, entre la hierba. Y lo más impactante: ¡hasta las Moras, las Donas d'Aigua y las Lavanderas habían venido! Aquello era realmente impresionante. Petrus, por señas, me pedía que me apresurara así que bebí rápidamente un vaso de leche y engullí un bollito de pan aún caliente. Les di un beso a mis amigos y salí corriendo.

Vi a Jars saludándome desde el lomo de un oso enorme y a Gato que volaba hasta mí. Mi maravilloso equipo, el Bosque Amigo, entraba en acción.

Caminamos en silencio siguiendo a la Dona d'Aigua que iba a la cabeza del grupo hasta que llegamos a la orilla de uno de los cientos de arroyos que en aquella época regaban la zona. Me senté en una de las rocas en silencio y entonces una de las Lavanderas (que son unas mujeres

mágicas que viven en grupos, a las cuales sólo podemos ver los humanos cuando lavan sus ropas. Se dice que si alguien consigue robarles una de las prendas que tienden al sol, tendrá fortuna y protección para toda la vida), a la cual yo podía ver aunque no estuviera haciendo su tarea, comenzó a hablar.

—Hemos sido convocados todos hoy por un terrible suceso. La Reina de las Hadas desapareció hace dos días. No hay ni rastro de ella y el bosque entero tiembla de frío y soledad sin ella. El que sepa algo, cualquier sospecha, indicio o evidencia, debe hablar ahora.

De lo alto de un viejo pino negro surgió una voz:

—Yo no sé dónde está la Reina —dijo un cernícalo—. Lo que sí sé es que un grupo de humanos invadió sin ningún respeto nuestro bosque. Pisotearon especies que deben ser protegidas, arrancaron setas de todas las especies, dejaron un rastro de basura y desolación.

Una enorme águila real asentía desde otro pino cercano. Como me pareció que quería intervenir, le hice un gesto con la cabeza para que nos contara.

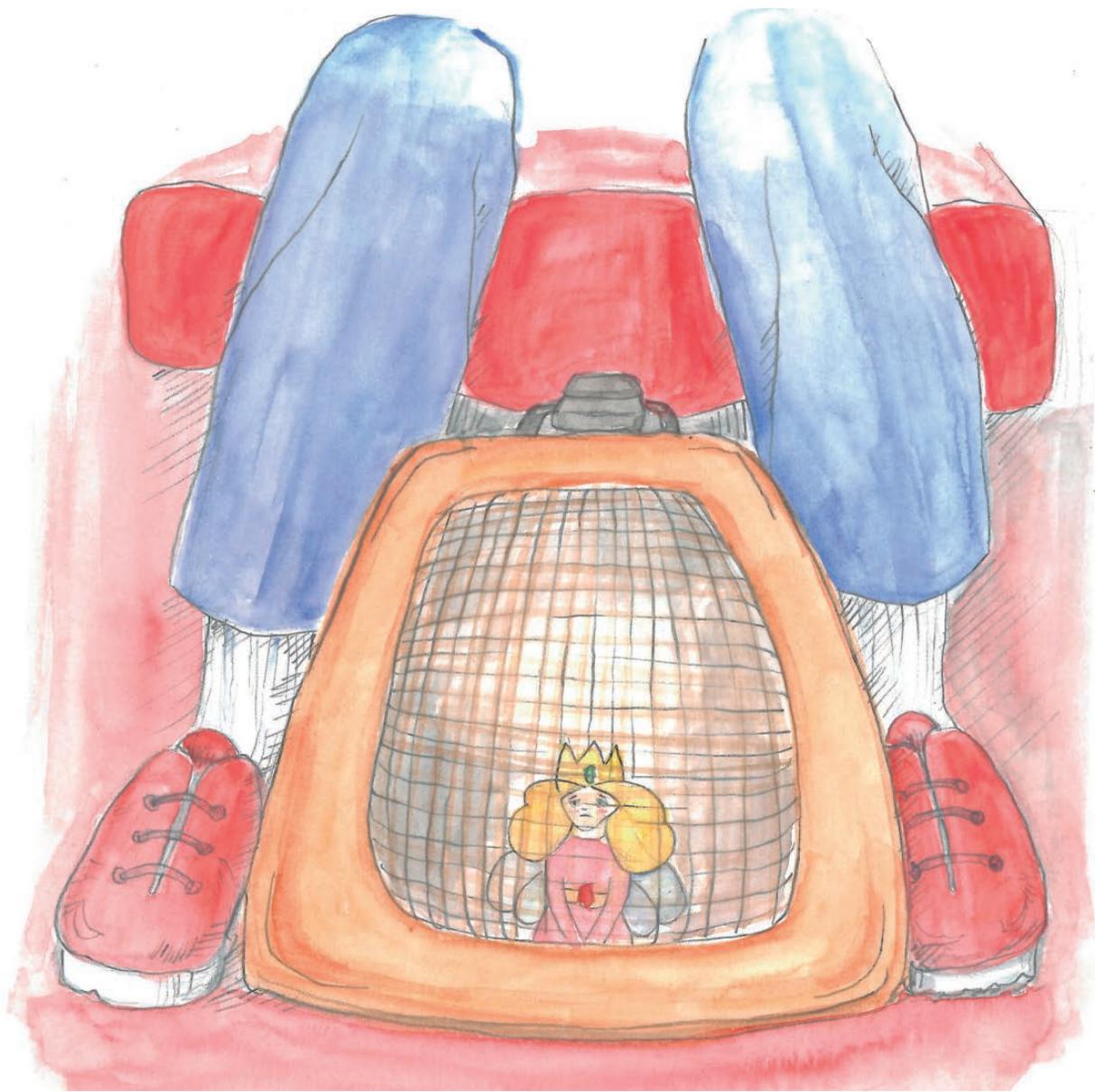
—Cerca de las cabañas, al otro lado del menhir, escuché gritos desgarradores así que acudí veloz. Al sobrevolar la zona pude ver a unos jóvenes humanos que corrían hacia unos pequeños arbolitos de donde provenían los gritos. Habían puesto una sustancia pegajosa en sus ramas y un pequeño pito real se había quedado atrapado en ella. Fue entonces cuando la vi. La Reina de las Hadas llegó al instante y sin ningún miedo ayudó al pajarillo a separar sus patitas de aquella trampa. El pito real consiguió levantar el vuelo justo cuando llegaban los muchachos, pero la Reina no tuvo tanta suerte: una de sus alas quedó impregnada de la sustancia y al

intentar volar cayó al suelo. Luego todo ocurrió muy rápido. El griterío de los humanos era tremendo. Uno de ellos debió de cogerla y mientras corría hacia el claro de las cabañas gritaba: “¡Grabad, chicos, grabad! ¡Traed una caja, un saco, algo! ¡Esto va a ser viral!”. Yo no entendí a qué se refería. Vigilé toda la noche y, cuando de madrugada fueron hacia el autobús, les seguí. Al llegar a su destino todos los humanos, tan iguales, se desparramaron por la ciudad. Traté de identificar al culpable del rapto pero no lo conseguí... Busqué y busqué, pero nada. He volado lo más rápido posible para pedir ayuda y os he encontrado ya reunidos. Es urgente actuar, pero sinceramente, no sé cómo.

—¡Bien, querida águila! Ha sido una enorme suerte que estuvieras allí. Ahora al menos sabemos qué pasó y dónde la llevaron. Este es el plan: Gato, Jars y yo nos iremos junto a Pol y Mar a buscar a ese grupo y su responsable. Por lo que sé son también los responsables de todos los desmanes de estos últimos días. Mientras tanto, J.R. tendrá que dejar su retiro por un tiempo. Necesitamos que él se encargue de organizar un buen plan de gestión para que esto no suceda nunca más. Vosotros, todos, le informaréis de los problemas y le ayudaréis con vuestras ideas y propuestas a que este bosque siga siendo un lugar para todos desde el respeto y el control. ¡En marcha, Bosque Amigo!

J.R. y Diomedea no tardaron más de una hora en llegar. Ya le había puesto al día por teléfono así que al tiempo que él bajaba y me daba un abrazo fuerte, yo subía a nuestra albatros junto a mis amigos y emprendíamos el vuelo.

Mar y Pol, en su furgoneta, corrían hacia el Ayuntamiento de Vientonorte para hablar con Gerard y enterarse de la procedencia del grupo en cuestión.



Petrus tuvo una comunicación telepática con Jars para informarle de que la dirección del colegio al que pertenecían los niños había respondido favorablemente a la petición de Gerard de convocarles a todos de forma urgente, junto con sus padres y profesores, a una reunión aquella misma tarde.

¡Estábamos muy cerca y nos comía la impaciencia y la incertidumbre! Gato estaba tensa pero a medida que nos acercábamos a la ciudad noté que sus ojos brillaban con más fuerza que de costumbre.

—¡Está viva, Duna! ¡Está viva y nos llama! ¡Lo siento en mi corazón!

Supe que era verdad. Jars y yo le sonreímos esperanzados, juntamos nuestros índices con ella y gritamos: “¡Bosque Amigo al rescate!”.

Aterrizamos en la azotea de un gran colegio. Se veía silencioso y vacío excepto por algunas familias que iban entrando. Cuando llegamos, después de bajar unas estrechas escaleras, nos esperaba Don Marcial, el director. Gato y Jars iban en mi mochila, pues no querían dejarse ver a no ser que fuera imprescindible. El salón de actos parecía una moderna sala de cine. Butacas rojas, escenario, telón también rojo... Y alrededor de 30 parejas con sus hijos, los culpables de tanto mal y los que tenían a la Reina. ¿Dónde estaría en aquellos momentos? ¿Estaría allí en la sala? Gato permanecía muy quieta dentro de la mochila. Yo sabía que estaba tratando de escuchar la llamada de su Reina.

Caminé por el pasillo siguiendo al director, muy despacio, mirando a los ojos a todos los niños que me miraban. Muchos bajaban la vista, otros miraban desafiantes. ¿Quiénes serían los culpables?

Subí al escenario donde D. Marcial me presentó como miembro del

equipo Bosque Amigo y explicó cuál era el objetivo de aquella urgente convocatoria. Con el corazón latiéndome con fuerza, agarré el micrófono y empecé a hablar. Sentía los cuerpecillos de mis amigos junto a mi espalda, pues no había querido dejar la mochila a pesar de la cara de extrañeza del director. Y sentí como sus corazones latían junto al mío por un mismo fin.

—Queridas familias, queridos niños y niñas. Sé que acabáis de volver de un campamento de 15 días en la aldea Vientonorte y sus bosques. Y, desgraciadamente, creo que no llegasteis a entender el objetivo del mismo. Os quiero pedir perdón en nombre del Ayuntamiento, de los monitores y organizadores del mismo.

En ese momento, todas las cabecitas se levantaron y vi sus ojos como platos, expectantes, interrogadores.

—Sí, perdón por no haberos enseñado antes quién y qué es el bosque, lo maravilloso que es, lo que nos ofrece, lo que nos regala, lo que nos aporta y lo poco que nos pide. Sólo nuestro respeto, sólo nuestro cariño. No hemos sabido enseñaros a mirar y a escuchar.

Cogí de mi bolsillo un pen drive y lo conecté al ordenador que D. Marcial nos había prestado. Pronto empezaron a proyectarse las imágenes que Pol y Mar habían tomado de aquellos días: arbolillos tronchados, setas pateadas, basura por doquier, un pajarillo con sus patas pegadas en una rama, niños sentados con los cascos y el móvil con cara de aburridos... Madres y padres empezaron a negar con la cabeza, algunos se sonrojaban, otros miraban a sus hijos con enojo. Los chicos parecían no saber dónde meterse.





—Sí, os quiero pedir perdón. En serio, no hemos sabido enseñaros. Y como compensación os ofrezco que vayáis de nuevo a nuestro bosque una semana, pero esta vez os ayudaremos a entender el gran regalo que es poder disfrutar de nuestros bosques. Os vamos a enseñar a amarlos de verdad.

Miraba las caritas de aquellos críos y de verdad pensaba que podría conseguirlo. La mayoría quería, pero no sabía. Pero había tres que apartaban la vista cada vez que yo me cruzaba con sus miradas. Sabía que eran ellos y necesitaba hablar a solas con ellos. Entonces oí una vocecita a mis espaldas: Gato, que miraba por un agujerito de mi mochila, había descubierto que uno de ellos metía la mano muy a menudo en una bolsa que tenía a sus pies. Allí debía de estar la Reina tratando de salir.

Se me ocurrió entonces una idea: pedí a los padres que salieran junto al director y los monitores, que me dejaran a solas con los niños. Algo abochornados aún y hablando en susurros entre ellos, todos fueron saliendo.

Cuando estuvimos solos, les pedí que subieran al escenario e hicieran un corro alrededor de mí. El chico de la bolsa de deporte subió con ella y trató de ponerse lejos.

—Veréis, chicos, lo que ahora vais a ver sólo lo podéis ver vosotros. Es un regalo más que el bosque os hace, pero antes quiero pedirle un favor a... ¿cómo te llamas? —me acerqué a él, que dio un respingo y miró alarmado a sus compinches.

—Juan —dijo, casi en un susurro.

—¿Y vosotros? —pregunté señalando a los otros dos.

—Marina —dijo una chica menuda, sin mirarme.

—Lucas —contestó el otro.

—Venid al centro conmigo y sentaos frente a mí.

El silencio se podía cortar. Entonces abrí la mochila y salieron Jars y Gato, que se dirigieron sin pensarlo a la bolsa de Juan. Subidos a ella se quedaron esperando.

Algunos no daban crédito; otros esperaban expectantes. Juan, Marina y Lucas estaban pálidos y nerviosos.

Sin decir nada me levanté, cogí la bolsa y la puse en el centro. Le pedí a Juan que la abriera y, después de mirar a sus amigos, que asintieron, descorrió la cremallera y abrió. Despacio, algo débil, salió la Reina.

Gato la abrazó y le dijo algo en susurros. Entonces vi algo maravilloso: las dos hadas empezaron a juntar sus frentes con cada uno de los 30 niños, tomándose su tiempo, con infinito cariño, empezando por los tres gamberrillos.

Jars y yo veíamos como sus caritas se transformaban. Las dos hadas les estaban transmitiendo sabiduría del bosque, el espíritu de la naturaleza. Cuando acabaron con todos, mis amigos y la Reina desaparecieron en la mochila y fuimos saliendo. Los padres, ansiosos por saber, preguntaban a sus hijos. Ellos, entusiasmados, les hablaban de lo importante que era volver a Vientonorte y ayudar a reparar, limpiar y conservar el bosque.





El final ya os lo imagináis: J.R. había conseguido establecer un nuevo plan de gestión sostenible, había implicado a todo el pueblo, los turistas seguirían llegando, cada vez más, pero el pueblo se comprometía a trabajar en el mantenimiento, señalización, limpieza, etc.

El Ayuntamiento contrataría monitores bien formados para que lo sucedido aquel verano se convirtiera en agua pasada... excepto por que los 30 niños de 11 años protagonistas de aquel suceso se convirtieron en amantes de los bosques para siempre jamás.

Bosque Amigo volvió a casa a la espera de nuevos bosques y nuevas aventuras.

## EPÍLOGO

Durante algunos meses corrió por las redes sociales un extraño vídeo de un ser sobrenatural pequeño, luminoso, con alas... Los autores admitieron que era un fake y poco a poco se dejó de hablar de aquello. Pero, ciertamente, por unos días aquel vídeo fue viral.



# ¿Por qué llegó la riada?

“¡Uf! Vaya nohecita más horrible he pasado”, me dije cuando la luz comenzó a entrar por mi ventana. No paraba de estornudar, mi nariz era como un grifo roto y además tenía algo de fiebre. ¡Vaya faena! Hoy tenía un plan precioso para ir a recoger algunas setas junto a varias amigas y pensábamos hacer después un revuelto de rechupete. Pero no me veía con fuerzas ni para llegar a la ducha, así que volví a meterme en la cama algo mareada y empecé a escribir un mensaje al grupo de Whatsapp que habíamos hecho días atrás contando mis penas y pidiendo disculpas por no poder participar. Les animaba a que siguieran los planes sin mí pero finalmente se decidió dejarlo para cuando yo estuviera bien. Cerré los ojos y en mi duermevela febril escuché cómo comenzaba a tronar y a llover como si aquello fuera una selva tropical. Era tal el jaleo que se estaba montando que enrollada en la manta me acerqué a la ventana. Parecía el Diluvio Universal. Los árboles se movían zarandeados por el viento, algunas ramas secas se tronchaban y caían veloces o chocaban contra la casa. La lluvia caía furiosa. Parecía mentira que en tan poco tiempo hubiera caído esa barbaridad de agua, pero los bidones que tenía en el jardín, precisamente para recoger agua de lluvia, estaban ya casi llenos. Pensé que en el fondo había sido una suerte mi catarro pues tal vez nos hubiera pillado ya en ruta aquel tormentón y nos habríamos empapado hasta la médula.

De nuevo volví a la cama, muerta de frío y tiritando. No había recostado la cabeza en la almohada cuando el teléfono comenzó a vibrar, insistente.

—¿Diga? —me salió una voz nasal horrible.

—¿Duna, eres tú?

—Sí, papá. Creo que he cogido un catarrazo gordo. Estoy en la cama y creo que no pienso moverme de aquí en todo el día. Fuera está cayendo el cielo sobre mi casa. Creo que jamás había visto una tormenta tan bestial. ¿Allí también llueve?

—Precisamente por eso te llamo. Me acaba de llamar Ana, con la que trabajé cuando el incendio del monte de los Gigantes hace unos años. ¿Recuerdas nuestra lucha por que repoblaran para evitar la erosión y los desprendimientos? Pasé meses avisando del peligro pero hicieron caso omiso. Y no sólo no repoblaron. Recalificaron todos los terrenos bajos para construir una urbanización de horribles chalets adosados. Para su construcción, la empresa decidió saquear los bosques que aún quedaban cerca. Fue una tala sin control, totalmente ilegal, pero debió haber mucho dinero de por medio, pues hasta los grupos ecologistas que protestaron durante un tiempo al final se callaron.

—Claro, me acuerdo perfectamente. Y tu disgusto que casi te hizo perder la salud. Pero no me asustes, no me digas que ha pasado lo que tantas veces dijiste que pasaría...

—Sí, Duna. Está pasando. Una riada descontrolada arrastra agua, piedras y barro, anegando toda la urbanización. Los helicópteros no paran de rescatar personas de los tejados, los bomberos, los militares, todos están acudiendo





para poner a salvo a los cientos de personas que viven ahí. De momento lo principal es esto. Después habrá que valorar los daños y, lo más importante, evitar que algo vuelva a pasar. Pero claro, si estás mala, no puedo pedirte que me acompañes...

—¿Quéeee? ¡Ah, no! ¡Claro que iré! Hablo con mi equipo y te vuelvo a llamar. ¡Un beso, papá!

Salí al porche aún envuelta en la manta, llevando en una mano las campanas de viento y en la otra la varilla de bambú. Parecía mentira que con el estruendo de la tormenta nadie pudiera escuchar aquel suave tintineo. Pero para eso eran seres mágicos. No habían pasado ni dos minutos cuando los tenía a mi lado. Jars, empapado, trataba de escurrir su diminuto gorrito así que entramos en casa y nos sentamos frente a la chimenea. Era gracioso verle estirando sus pequeñas piernecillas hacia el fuego para calentarse los pies. Coloqué con cuidado calcetines, botas y gorro en un pequeño banquito y le di un pañuelo mío con el que empezó a frotarse enérgicamente.

Gato, que tenía la suerte de no mojarse, se me acercó con cara de susto.

—Pero Duna, niña, ¿cómo no me has llamado antes? Debes llevar toda la noche luchando contra ese estúpido virus que te tiene sin fuerzas. ¡Uy! ¡Quemas!  
—dijo al tocarme.

—No, estoy bien. Es un simple catarro. No os he llamado por eso. J.R. me llamó hace un rato. ¡Hemos de ponernos en marcha ya mismo! —contesté con la voz más horrible aún que antes.

—Ya, ya sé las noticias —dijo Jars—. Y Gato las conoce también, pero antes de iniciar una nueva aventura es imprescindible hacer algo contigo —me miró con sus ojos bonachones y sentí lo maravilloso que era tener amigos y dejarse

cuidar y mimar de vez en cuando. Así que me arrebujé en el sillón y les dejé hacer.

—Sí, creo que me vendrá bien una infusión de las tuyas... —susurré.

Les vi salir. Gato hacia el bosque y Jars hacia la cocina. Les escuché trastear un buen rato: que si mortero que si agua hirviendo. Al poco me llegó un olor intenso, mezcla de diferentes plantas, miel, quién sabe qué más. El brebaje humeaba en una pequeña tacita ante mí. Lo tomé sorbito a sorbito. Cuando acabé, Gato extendió con sus manos suaves y finas un aceite que olía a bosque sobre mi garganta y mi pecho. También en las plantas de los pies. Me sentí tan relajada que me quedé profundamente dormida.

Cuando desperté me sentía perfecta. ¡Aquello era milagroso! Mis amigos habían preparado el equipo e incluso mi mochila mientras yo descansaba. La tormenta se había alejado y brillaba un sol espléndido. ¡Era como si todo lo anterior hubiera sido un mal sueño! Pero no: miré por la ventana y vi los restos de la tempestad mañanera. Olía maravillosamente bien a bosque mojado, a tierra, a limpio.

A la vuelta iríamos la gente del pueblo y nosotros a inspeccionar por si hubiera leña para recoger o algún contratiempo con algún animal, aunque todo parecía en orden y nadie había avisado de daños. Así que, tras una ducha rápida me puse los vaqueros, las botas más viejas e impermeables y una camiseta del grupo Yellowcard.

Diomedea había llegado ya hacía rato y secaba sus plumas al sol. Parecía feliz y descansada. Nos subimos a nuestra montura y emprendimos el vuelo. A medida que nos acercábamos a Galicia el cielo fue oscureciéndose más y más. Al principio sobrevolábamos las nubes pero después fuimos descendiendo y





el panorama, cuanto más nos aproximábamos a nuestro destino, se hacía más y más preocupante. Kilómetros y kilómetros de monte quemado. En otros se podía ver la mordida de las talas sin control. Y ríos de barro y piedras arrasando ladera abajo todo lo que encontraba a su paso. Era un espectáculo de película de miedo. Y entonces lo vimos: una urbanización entera de la que sólo se veían los tejados. Cientos de pequeños chalets anegados por el agua. Los alrededores eran sólo montes pelados.

Diomedea nos llevó hasta un pueblo cercano donde nos esperaba J.R., que se afanaba por ayudar en el polideportivo del pueblo donde habían alojado a los afectados repartiendo mantas, comida caliente y consuelo.

Los más pequeños lloraban agarrados a sus madres y a sus padres. Algunos miraban fijamente a un punto, como si por delante de sus ojos aún pasara el río de barro. Pobrecitos. Me daban muchísima pena porque ellos no podían entender lo sucedido. Por ahora había que conseguir que se sintieran seguros y protegidos, que volvieran a reír, que olvidaran, pero después había que enseñarles que todo aquello se hubiese evitado cuidando el bosque.

El trabajo fue intenso, pero se recibió ayuda de todos los rincones de España. El equipo Bosque Amigo se quedó unos días. Nos dimos cuenta de que había mucho que enseñar, por lo que decidimos que J.R. volvería a insistir con la administración y nosotros tres nos centraríamos en los niños, que al fin y al cabo eran el futuro.

Volvimos a casa con tristeza por dejarles allí pero con la promesa de volver muy pronto.

Meses después de la tormenta organizamos un campamento en un pazo cercano para los niños de siete años en adelante de la urbanización. Además de Bosque Amigo, vinieron cinco monitores de nuestro pueblo para ayudar.

El pazo era una construcción antigua pero perfectamente reformada. En las tierras de alrededor había cinco cabañas de madera con literas que daban de sobra para alojar a los pequeños con sus monitores. José Ramón y yo nos alojamos en la casa grande, tan bonita por dentro como por fuera gracias a los cuidados y al buen gusto de Luisa y Ángela, una pareja del pueblo de al lado que, siendo ya mayores, habían decidido dedicarse a esta labor.

Allí llegaban familias, colegios y grupos de todas partes, sobre todo en verano. Hacían talleres de elaboración de todo tipo de productos con frutos y materiales naturales.

Ángela enseñaba a tallar la madera y Luisa era una experta en aceites esenciales, jabones y cremas. El bosque que se extendía desde el pazo hasta el pueblo pertenecía a todos los habitantes. Habían juntado terrenos de unos y otros vecinos más los del Ayuntamiento, ya que habían comprobado en poco tiempo aquello de que la unión hace la fuerza.

Habían protegido una zona, de otra se sacaba madera para una fábrica cercana y leña para abastecer a los pueblos próximos; cada poco cortaban ramas secaban para evitar incendios y sacaban restos para pellets con lo que calentaban todos los edificios públicos. Era un verdadero modelo de gestión forestal sostenible. El bosque era feliz y el pueblo también.

Los niños de la urbanización pasaron una semana maravillosa con mil juegos y actividades aprendiendo el porqué de lo sucedido en sus casas y lo que había que hacer para que nunca más volviera a suceder. Entendieron que ellos eran el futuro y que estaba en sus manos aprender a contruir un mundo mejor para todos.

La última noche hicieron una excursión, cada uno con su linterna, hasta un





árbol centenario que parecía el señor del bosque, tan majestuoso y al tiempo tan acogedor. Sus ramas caían hacia el suelo formando una especie de cabaña natural. Para evitar que fuera pisoteada la tierra sobre sus raíces, el Ayuntamiento había construido una tarima, unas vigas de madera donde los chicos fueron sentándose. Era un momento mágico. Les pedimos que apagaran sus linternas, sólo nos iluminaban dos farolillos que saqué de mi mochila para que no tuvieran miedo.

—Muy bien, chicos —comencé—. La semana llega a su fin, pero antes de que os vayáis con vuestras familias me gustaría haceros un regalo muy, muy especial. Habéis aprendido mucho sobre lo importante que es cuidar nuestros montes y nuestros bosques que tanto nos dan. Habéis entendido los peligros que conlleva dejarnos llevar por la ambición, el afán de riqueza sin cuidar y mimar nuestro entorno.

Un crío de unos 13 años levantó la mano.

—Dinos, Álvaro —le ofrecí.

—Mi padre me explicó que era necesario seguir talando los montes porque lo importante era seguir fabricando nuestros muebles, que vendemos a EEUU. Dice que eso da de comer a mucha gente y que los ecologistas son unos hippies hijos de papá, que no han trabajado en su vida... —dijo, poniéndose colorado.

—Y tú, ¿qué piensas ahora, después de esta semana aquí? —Pregunté, sonriéndole.

—Creo que mi padre necesita seguir talando pero que las cosas hay que hacerlas bien. Yo pensaba que como eran nuestras tierras, podíamos cortar todos





los árboles y ganar mucho dinero. Ahora sé que hay que dejarse asesorar por expertos que nos enseñarán cuáles sí y cuáles no, dónde hay que proteger y dónde se puede cortar. He aprendido que la riada de hace unos meses que inundó nuestras casas no hubiera ocurrido de estar el bosque allí.

—Estupendo, Álvaro. Es muy importante que lo hayas entendido tan bien porque ahora, cuando vuelvas a casa, sabrás transmitir tu amor por los bosques y cuidarás de ellos.

Los más pequeños levantaban la mano, impacientes.

—¿Y el regalo? —preguntaban, ansiosos.

—Veréis —dije, casi en un susurro—. En el bosque viven muchos animales, árboles y plantas de muchísimas especies. Y, también, como habréis oído contar, viven otros seres maravillosos que no se dejan ver por los humanos normalmente...

Yo miraba sus caritas: algunas de susto, otras de curiosidad y, los de más edad, con expresiones de guasa.

—Sí, ya sé lo que estáis pensando. Que voy a contaros una leyenda antigua como os habrán contado vuestros mayores; Pero no, os voy a pedir que cerréis los ojos y respiréis despacio, tratando de conectar con el espíritu del bosque que ahora mismo nos une. Yo voy a hacer lo mismo. Cuando estéis preparados, id abriendo los ojos y mirad. Si tenéis vuestros corazones de niños abiertos también, tal vez podáis contemplar algo que jamás olvidaréis.

Fueron cerrando los ojos. Algunos se cogían de las manos, otros se tapaban la cara. Apagué los farolillos y ellos empezaron a mirar. Entre las hojas del gran árbol veíamos el bosque iluminado por una enorme luna llena, percibíamos los sonidos, la vida que bullía a nuestro alrededor.

Entonces vi a Gato y a varias hadas más que volaban divertidas entre los niños. Algunas se posaban en ellos y ponían sus manos o su frente sobre las cabecitas de los críos.

Cuando las hadas acabaron, todos permanecemos un buen rato en silencio, disfrutando de aquel momento.

—Ahora lo he comprendido todo, Duna —dijo una de las niñas más pequeñas—. ¡El hada me lo ha dicho sin palabras!

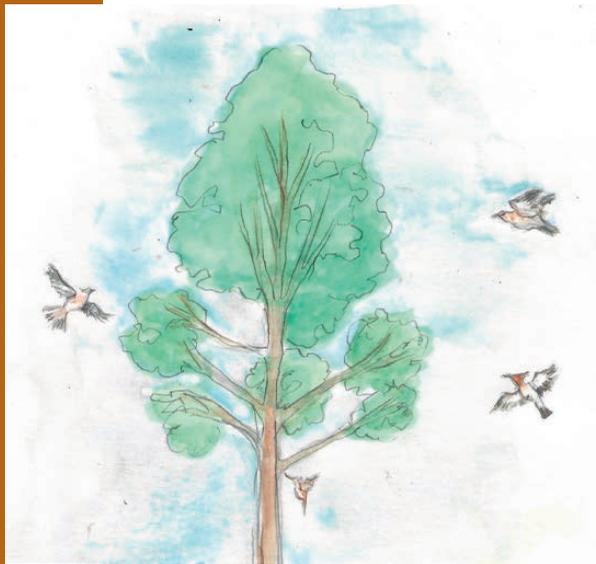
—¡Y a mí! ¡Y a mí! —dijeron todos, entusiasmados.

—Este es nuestro regalo, que nunca deberéis olvidar. Y para ello os regalamos este pequeño trocito de madera que, como veis, tiene vuestro nombre grabado. Os puedo asegurar que lo grabaron con mucho cariño unos pequeños amigos que siempre os llevarán en sus corazones.

Jars, saliendo de detrás del árbol, comenzó a repartir las insignias grabadas entre los niños que, de nuevo, mostraban su asombro y entusiasmo.

Fue realmente genial. Volvieron transformados y felices a sus cabañas después de prometer que, como miembros honoríficos de Bosque Amigo, jamás contarían lo sucedido aquella noche, pero transmitirían, fueran donde fueran, el mensaje.





# Renaciendo de las cenizas

Aquella mañana hice sonar las campanas de viento, feliz como una perdiz. Estaba descansada, las noticias del bosque eran buenas, lucía un sol otoñal tibio, como soñoliento. Y, lo mejor, ¡Bosque Amigo se iba de excursión a conocer un pueblo que durante mucho tiempo fue conocido por los numerosos resineros que allí trabajaban. “Esta tierra de pinares nos regalará unos días de aprendizaje y descanso que a todos nos vendrá genial”, pensé.

En esta ocasión, Diomedea, que también merecía unas vacaciones, no sería nuestro medio de transporte. Iríamos en la furgoneta de mi amiga Luz. Os cuento un poco de ella porque es una chica muy interesante. Veréis, cuando Luz tenía 10 años hubo cerca de su pueblo un incendio que acabó con miles de hectáreas de bosque. Un bosque que era el medio de vida de los habitantes del suyo y de otros pueblos cercanos. Aquello fue una tragedia. Sin el pinar, la gente perdió su trabajo, las familias se fueron yendo, la escuela cerró, las pocas empresas que había se trasladaron lejos. Así que Luz y su familia también se fueron. Desde entonces no ha dejado de aprender y luchar por la supervivencia de los bosques.

Nos conocimos en una charla que nos dio sobre el impacto de los incendios forestales en la economía de los pueblos. Me pareció una

persona extraordinaria y no me equivoqué. Hoy nos vamos con ella a conocer su pueblo, donde aún viven sus abuelos. Seguro que aprendemos un montón.

Gato y Jars querían investigar también sobre sus gentes. Cuando sucedió el incendio, todos huyeron. ¿Encontrarán a alguien quince años después?

Luz llegó con su camioneta azul cielo y su gran sonrisa. Nos abrazamos, dio un topetazo a Jars en su gorrito con su dedo índice y saludó con una especie de pirueta de ballet mezclada con reverencia a Gato, que voló hasta su cabeza y le revolvió el pelo. Se habían conocido hacía meses en una misión en la que nos ayudó y, después de su sorpresa inicial, se habían convertido en muy buenos amigos.

Así que nos pusimos en marcha. Acostumbrados a nuestros viajes a lomos de Diomedea, nuestra gran albatros, aquella furgoneta nos parecía como viajar en burro después de ir en un avión supersónico. Pero era divertido y nos permitía hablar tranquilamente y disfrutar del paisaje desde abajo. Le pedimos que nos contara algo más de su pueblo.

—En mi pueblo —comenzó— vivían casi todos de la empresa resinera. Teníamos unos pinos fantásticos. El bosque tenía ese olor característico... ¡Uf! Aún me emociono al recordarlo. En otoño, todas las familias recogíamos niscalos y los vendíamos muy bien. Era un pueblo feliz, lleno de familias jóvenes con niños que vivíamos del bosque al tiempo que lo cuidábamos... hasta aquel día horrible. En la ciudad era fiesta y mucha gente venía a pasar la jornada en la naturaleza,

pero ocurrió lo que nadie quería que ocurriera. Dicen que seguramente fue un cigarro, tal vez una brasa... y se desató el infierno. Entonces todo se acabó. Hoy, quince años después, viven 30 personas, la mayoría jubilados. No hay niños. El bosque resurge, como el ave fénix, de sus cenizas. Ya hay arbolitos creciendo por todas partes y es precioso verlo. Pero claro, aún quedan 20 años por lo menos para poder pensar en sacar resina.

—¿Cómo se repobló? —pregunté.

—¡Oh! De forma totalmente natural. Las piñas que no se calcinaron se abrieron con el calor y esparcieron sus semillas por todas partes. La naturaleza es maravillosa. Desgraciadamente, hay otras muchas zonas en las que apenas sí crece maleza porque ya se habían quemado hacía años. El gran problema es que la gente se fue. Ya lo veréis, da mucha pena. Mis abuelos se fueron de allí pero en cuanto pudieron decidieron volver y ayudar.

Charla que te charla, entre preguntas y respuestas, casi sin darnos cuenta estábamos llegando a nuestro destino. Nos quedamos en silencio observando aquellos montes de un verde intenso, con pinos de entre uno y cinco metros, alguno alto y robusto que seguramente se salvó del incendio. Sí, el bosque allí se estaba regenerando y daba alegría verlo. Jars y Gato se despidieron y, sin pensarlo dos veces, saltaron del coche y se internaron en busca de su gente.

—¡Suerte! —les grité. Y les vi perderse entre aquellos arbolillos que eran del mismo color que la esperanza.

La furgoneta se deslizó despacio por una carretera estrecha y ense-



guida entramos en el pueblo. Era bonito, con casas de piedra y madera, calles empedradas, una iglesia con señales de abandono a pesar de estar abierta. A aquellas horas, las doce del medio día, imaginé que veríamos a gente por las calles, pero curiosamente no vimos a nadie hasta que llegamos a la última casa, justo al lado del bosque. O de lo que quedaba de él.

Los abuelos de Luz estaban tranquilamente sentados en un amplio porche al que se accedía subiendo cuatro escalones. Enseguida que nos vieron se levantaron y acudieron a recibirnos.

—¡Ay, mi Lucecita, qué alegría! —decía la abuela, abrazándola.

—¡Abuela, estás estupenda! Y tú, abuelo, te veo en forma. ¿Qué estáis haciendo, una cura de juventud? —preguntó Luz, sorprendida.

—No hija, no. Es lo que tiene vivir aquí y trabajar en los bosques de nuevo. Eso nos da la vida. Nos levantamos prontito, desayunamos y nos vamos al bosque. Allí pasamos muchas horas. Al principio era mucho trabajo físico y después era sólo observar y mimar a los pequeños arbolitos, que no veas lo bien que están creciendo. Pero nos dijo Martina que, si ahora se volvieran a quemar, esto ya se convertiría en una estepa como les ha pasado al otro lado del río... Aquello ya no crece más. Así que los pocos que estamos nos dedicamos a esto ahora. Somos todos viejos y somos pocos, pero no veas el empeño que ponemos —rió la abuela abrazando a su marido.

—Cómo me gusta lo que me cuentas —dijo Luz—. He traído a mi amiga Duna, que acaba de empezar a estudiar forestales pero lleva toda su vida dedicada al bosque y sus cuidados. Es hija de José

Ramón, el ingeniero que tanto me ayudó cuando llegué a mi nuevo trabajo en el Ayuntamiento, ¿os acordáis?

—¡Cómo no! Nos invitó a tomar un té riquísimo la mañana que fuimos a recogerte para pasar juntos la Navidad —recordó el abuelo.

—Ese mismo — contestó, echándome el brazo por los hombros.

Les di un abrazo y me hicieron pasar a su casa. Allí, al calor de la lumbre, fueron contándome lo que habían vivido y lo felices que eran ahora que habían encontrado una forma de ayudar a la recuperación de tanto como se perdió en el fuego.

—Mañana vendréis con nosotros y os enseñaremos lo que hacemos. Llevamos ya mucho trabajado, pero queda también mucho por hacer. Ya veréis —dijo la abuela mientras nos servía unas verduras que sacó de la chimenea envueltas en papel de aluminio.

—¡Qué bien huele! —exclamamos a la vez las dos, muertas de hambre.

—Pues comed, comed y coged fuerzas, que mañana os costará seguir nuestro ritmo —dijo riendo el abuelo.

Al rato nos empezó a entrar sueño y nos despedimos hasta el día siguiente a las seis de la mañana, hora a la que nos esperaban para desayunar.

Nos instalamos en la habitación de invitados, donde había dos camas iguales y un balcón pequeño desde el que se veía un monte de árboles jóvenes de diferentes especies.

Tenía ganas de saber de mi equipo así que saqué las campanas de viento y las golpeé suavemente con el palito de bambú. Esperé un



rato, pero no venía ninguno... “Qué raro”, pensé. Cuando fui a comentárselo a Luz vi que se había quedado profundamente dormida. Vestía un pijama de franela con un gran corazón rojo en el pecho, como el que de verdad tenía. La arrojé y me puse yo el mío mientras hacía tiempo para volver a llamarles. Pero no hizo falta. Un milano real se posó en la barandilla del balcón y un sonriente Jars bajó de entre sus alas.

—Mil gracias, amigo. Ha sido un vuelo estupendo. ¡Hasta pronto y mucha suerte!

El milano de perdió con su silbido característico entre las sombras.

—¡Horrible lo que paso, horrible, horrible, horrible! Y maravilloso el trabajo que se está haciendo desde entonces —resumió agitando su gorrito para sacudirle el polvo.

—¿Hay duendes viviendo aquí? ¿Y qué sabes de Gato? —pregunté bajito para no despertar a Luz.

—Gato me ha dicho que esta noche la pasará en el árbol madre. Y sí, hay duendes. Volvieron hace tiempo para ayudar con la tarea. En muchos montes quemados deberían aprender a hacer las cosas como aquí. Ya verás mañana, ya verás...

Jars se había acomodado en una zapatilla de felpa que debía de ser de Luz; se había tapado con mi jersey y se había quedado profundamente dormido también, así que sin más, apagué la luz y en pocos minutos me quedé sopa.

No había amanecido, pero la casa ya estaba llena de sonidos y olores de hogar. La leña crepitaba en la chimenea; llegaba el aroma a

café, a pan tostado... ¡Ummm! Era maravilloso levantarse así.

Desayunamos todos juntos. Jars se presentó de un brinco, lo cual me sorprendió, pues no suele dejarse ver, y los abuelos le saludaron con total naturalidad, como si se conocieran de toda la vida. La abuela, al ver mi asombro, me explicó:

—En este bosque trabajamos todos. Todos nos conocemos y nos queremos porque todos tenemos un mismo objetivo, una misma ilusión. Cuando se quemó, no quedó nadie. O eso creíamos todos. Ni animalillos, ni duendes, ni hadas, ni árboles, ni personas. Y nos fuimos... pensábamos que sería imposible que la vida volviera a este lugar. Pero entonces llegó Martina y ella nos trajo también la esperanza.

—¡Me encantaría conocerla! —pensé en alto.

—¡Ja, ja, ja, ja! —rió el abuelo—. Pues tus deseos se harán realidad. La he invitado a pasar el día con nosotros. Ella conoce a J. R. desde hace años y seguro que le apetece conocerte y que le hables de la labor que hacéis.

—¡Genial! —exclamé. Aquel día iba a ser aún mejor de lo que había pensado.

Comenzamos llenos de energía nuestra marcha. Sin salirnos del sendero, guiados por los abuelos, caminamos un buen trecho observando cómo crecían por todas partes miles de árboles jóvenes. Se veía un suelo ya regenerado, vivo. Y daba alegría escuchar a los pájaros y seres de todo tipo que habían vuelto a poblar el joven bosque.

Llegamos entonces al árbol madre. Era impresionante y en su pre-

sencia nos sentíamos sobrecogidos y acogidos al mismo tiempo. En su gruesa corteza, aún ennegrecida por el fuego, se veían profundos surcos, como arrugas de anciana. Era alto, frondoso, imponente. Oímos entonces una voz:

—¡Cuidado! No os acerquéis mucho más —Martina acababa de aparecer entre los jóvenes árboles y se aproximaba hacia nosotros a buen paso—. Como sabéis, no debemos pisar cerca de la base del tronco de estos viejos y monumentales amigos. Podríamos dañar sus raíces y con ello haríamos un flaco favor a la recuperación de nuestro bosque. Pero, ¿qué digo? Todo esto lo sabéis ya de sobra, ¿verdad? —dijo, con una amplia sonrisa.

Nos abrazamos y enseguida empezamos a hablar como cotorras. ¡Era una mujer llena de energía y muy, muy sabia!

Gato revoloteó entre nosotras, traviesa. Me susurró al oído:

—Te va a encantar este lugar. Lo que ves y, sobre todo, lo que no ves —y se fue riendo como muchos cascabelitos sonando a la vez.

—¿Cómo habéis conseguido esto, Martina? Si no fuera porque vi las imágenes del incendio y de cómo quedó todo, nadie imaginaría que sólo han pasado quince años.

Seguimos andando por el sendero mientras me contaba:

—No ha sido tan difícil, ni yo tengo ningún mérito. Me mandaron aquí como técnico forestal y, aunque los primeros momentos fueron caos absoluto, enseguida comprobamos que no todo estaba perdido; al contrario.

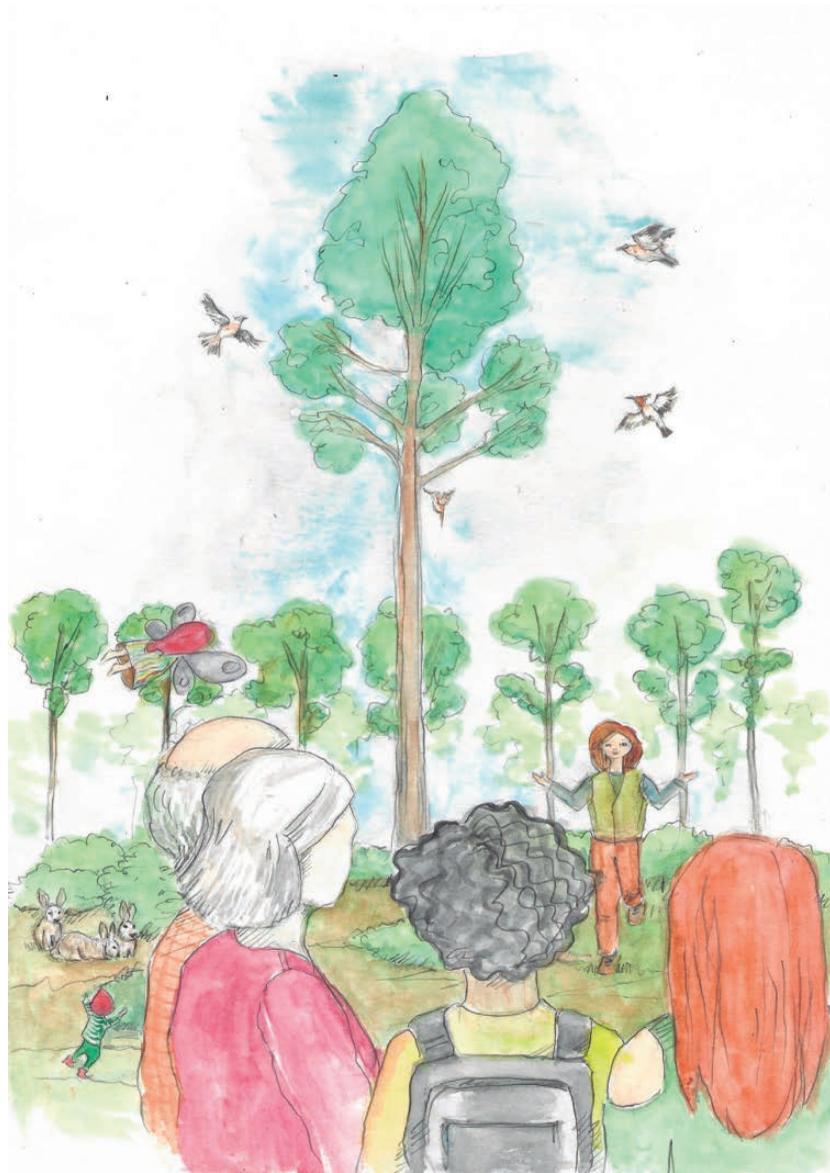
»El bosque era del pueblo, era su medio de vida, así que aunque la

mayoría tuvo que buscarse el sustento lejos de aquí, muchos se ofrecieron para ayudar. Sacaron la madera quemada para evitar plagas, se respetaron y protegieron las yemas y las semillas que se habían salvado para que, al llegar la siguiente primavera, brotaran con fuerza. Y durante tres años dejamos que la naturaleza siguiera su curso. El árbol madre que habéis conocido y su conexión con el resto del bosque a través de la red de hoyos y de sus raíces ha sido muy importante. Ha sido el corazón y la fuerza del bosque. Y también el refugio y el hogar de muchos amigos que desde el primer día, en vez de marcharse lejos, decidieron dedicar todo su esfuerzo a este bosque —extendió sus brazos, como queriendo abrazarlo.

»Se han plantado otras especies de árboles, ya sabes que la diversidad ayuda a evitar la propagación del fuego, que esperemos nunca suceda. También algunos arbustos para fijar el suelo en los lugares más dañados... En fin, un buen trabajo en equipo, que continúa, para que de aquí a unos años el pueblo vuelva a llenarse de familias que quieran vivir del bosque y con el bosque.

—¡Vaya lección tan bonita! Ojalá se actuara así en todos los incendios —comenté.

—Bueno, aquí tenemos la suerte de contar con la ayuda del Ayuntamiento, que creyó en mí cuando les hablé de la regeneración. Y con mucha gente que ha decidido vivir aquí para vigilar, proteger y limpiar. Aquí se demuestra que el bosque somos todos: los animales que han vuelto, los árboles y todo tipo de plantas que van fijando y mejorando el suelo y el aire, las personas y todos los seres maravillosos que



aquí viven.

Al poco, llegamos a unas rocas que formaban una especie de círculo. Nos sentamos un rato a descansar y disfrutar del tibio sol cuando descubrí un agujero excavado que parecía bastante profundo, casi oculto, al pie de la roca más grande. Pensé que sería la madriguera de un conejo, pero Martina me dijo:

—Espera y verás.

Pronto, vi asomarse el gorrito puntiagudo de Jars, que me guiñó un ojo al salir. Detrás de él comenzaron a salir otros muchos duendes y, tras ellos, diferentes animalitos: desde serpientes hasta ratoncillos, conejos, ardillas...

—Pero, ¿qué es esto? —pregunté, anonadada.

Martina cogió con cariño a un duende anciano y regordete y le pidió que fuera él quien nos contara la historia.

—Pues es muy sencillo. Vosotros veis el bosque por fuera, pero nosotros y muchos de nuestros amigos —dijo, señalando a los animales que correteaban por allí— también vemos lo que hay bajo el suelo. Desde hace siglos, los duendes excavamos túneles, a veces a partir de las madrigueras de algún animal; otras partiendo de un árbol hueco o de una cueva... La cosa es que podemos ir de un extremo a otro del bosque sin pisar la superficie. Gracias a estos pasadizos logramos salvar la vida de cientos de nuestros amigos aquel día. El incendio se extendió con tal rapidez que muchos no tuvieron tiempo de volver a

sus madrigueras o éstas eran muy superficiales y murieron. Así que nosotros nos encargamos de llevar a las crías a los túneles más profundos. Las alimentamos y cuidamos hasta que pudimos salir. También cuidamos de muchas semillas que después esparcimos con ayuda de las hadas. Fue un trabajo duro pero mereció la pena. Todo este bosque, joven pero con un gran futuro, es un poco de todos los que hoy estamos aquí.

»Ojalá aprendan algunos humanos, que a pesar de todo lo que reciben del bosque, a veces no son conscientes de ello. Pero gracias a vosotros, que lo amáis profundamente —y, haciendo una ligera reverencia a Martina, brincó al suelo y se marchó.

Qué gran día habíamos pasado. Volvimos casi en silencio. Nos despedimos con emoción de aquellos seres geniales, de aves y mamíferos, del árbol madre y todo su misterio. Y prometí que en unos años volvería para contemplar el poder de la naturaleza. ¡Ojalá el fuego no vuelva por estos montes! ¡Ojalá los humanos sigamos haciendo lo posible y lo imposible para evitarlo y aprendamos de nuestros errores!





# Los ladrones de resina

Esas dos últimas semanas en la universidad habían sido especialmente duras. Estar tanto tiempo lejos de mi bosque y mis amigos se me hacía siempre difícil, a pesar de que lo que estaba aprendiendo me serviría para ayudar más y mejor, pero entre exámenes, clases y trabajos, casi no me quedaba tiempo para respirar.

Por eso, cuando esta mañana cogí el autobús para volver a casa, se me escapaban las sonrisas sin darme cuenta y, a medida que nos aproximábamos a mi destino, el corazón me brincaba de alegría. Seguro que todos vosotros habéis sentido alguna vez algo así, ¿verdad? Me bajé de un salto, cogí mi mochila llena hasta los topes, me despedí del conductor y comencé a caminar hacia casa.

No sé si os he dicho ya que mi cabaña, en la que pasé toda mi infancia desde que José Ramón me encontró, está en el bosque. Él, ingeniero forestal, comenzó a vivir allí cuando su viejo amigo Dimas, guardabosques durante un montón de años, murió casi a los noventa sin haber querido moverse de allí. Decía que si lo llevaban a la ciudad no duraría ni un año. Así que J.R. le visitaba a diario, aprendía de él y le hacía compañía. Dimas murió feliz, rodeado de su amigos del bosque, y le dejó aquella cabaña en herencia. J.R., sin pensarlo dos veces, se trasladó a ella a vivir.

Así que allí crecí. Fui a la escuela del pueblo y tuve muchos amigos. Mi pueblo no ha crecido demasiado en estos últimos años del boom turístico. Tal vez por sus inviernos fríos, por lo alejado de la ciudad o por la imposibilidad de construir más, así que sigue siendo un lugar tranquilo de gentes amables que viven del bosque y conviven con él en perfecta armonía. Por eso soy tan feliz aquí. De verdad que no echo nada de menos la ciudad.

J.R., que desde hacía algún tiempo vivía cerca del mar por cuestiones profesionales, había vuelto el día anterior para pasar unos días juntos.

La chimenea humeaba y, además, a medida que me acercaba, me llegaba un olor a guiso casero que me hacía salivar. J.R. salió en cuanto oyó mis pasos. Nos abrazamos fuerte y durante la comida y la sobremesa no paramos de contarnos nuestras novedades.

—¿Has visto a Gato y a Jars? —pregunté, extrañada de no haberles visto aún.

—Sí, vinieron anoche cuando llegué. Me dijeron que no deshicieras mucho tu equipaje porque teníais una misión interesante.

—¡No me digas! —exclamé, entre contenta y disgustada—. ¿Tan pronto?

—Eso parece, no me contaron más.

—¿Y tú vendrás? Si no vienes no tendremos tiempo para hablar —le dije, animándole.

—Bueno, es posible que vaya, depende de si a todo el equipo le parece bien —sonrió pícaro—. Tal vez os parezca que soy un viejo pe-





sado más que una ayuda.

—¡Pero serás tonto! —le dije, al tiempo que me levantaba a abrazarle—. Tú siempre serás el capitán de este equipo, aunque seas un viejo pesado.

Nos reímos un buen rato recordando anécdotas y, sin darnos cuenta, el día fue pasando y nos fuimos a dormir.

Las noches en la cabaña son mágicas. Por la ventana ves árboles, algún trocito de cielo cuajado de estrellas cuando las nubes lo permiten, y un silencio que realmente no es silencio: se escucha la vida del bosque, aleteos, roces, las hojas movidas por la brisa, las pisadas de animales nocturnos que salen a cazar. Es realmente impresionante. Así que con este concierto tan natural me fui quedando dormida.

Cuando yo creía que no habrían pasado ni quince minutos, noté pequeños pasitos que recorrían mis brazos. Abrí los ojos perezosa y me encontré con dos enormes ojazos que me miraban fijamente.

—¡Gato! ¿Pero qué? ¿Qué pasa? —grité, asustada.

Jars, saltando entre mis pies, se moría de risa.

—No pasa nada, dormilona —dijo sonriendo Gato—. Sólo te miraba a ver si me podía meter en tu sueño y traerte de vuelta. Pero creo que más bien ha sido Jars haciendo el gamberro quien lo ha conseguido.

—¡Uf! He dormido tan profundamente que no me he dado ni cuenta. ¿Qué hora es? —pregunté mirando por la ventana. Vi que empezaba a clarear—. ¡Pero si está amaneciendo!

De un salto me levanté y abrí la ventana de par en par. ¡Aquel olor

me daba la vida!

Cuando nos sentamos a desayunar, Jars aprovechó para contarnos cuál era nuestro próximo destino.

—¿Os acordáis de nuestra excursión con Luz al pueblo de sus abuelos? Nos contaron que la mayoría de los antiguos habitantes trabajaban como resineros y que tras el gran incendio se habían marchado para buscar el sustento en otro lugar. Pues bien, hace unos días recibí la visita de uno de los duendes que habitan ese bosque. Como ya sabéis, la empresa resinera, que había pasado unos años muy mal, ha empezado a tomar mucha fuerza de nuevo. Muchas familias hoy en día viven de eso: los resineros y todos los que trabajan en las industrias que transforman después esa resina en la trementina, la colofonia y en todos los productos que derivan de ellos. Es otro regalo más que nos hacen los arboles, uno de los más desconocidos. Pero eso nos lo contarán cuando lleguemos allí.

—Y, ¿cuál es el problema? —pregunté intrigada.

—Ahí voy. Desde hace dos meses los potes no se llenan. Y son meses de gran producción. O los pinos no quieren dar resina o alguien muy hábil la está robando. ¡Y eso será la ruina de la comarca! —Jars se llevó sus manos a la cabeza con tanta energía que casi pierde su gorrito—. Algo raro pasa, los animales parece que huyen del bosque, los duendes tratan de que vuelvan... En fin, un caos.

—¿Sabes tú algo más? —pregunté a Gato.

—No, las hadas han estado solucionando un problema con la procedencia del pino y ha sido un trabajo muy duro. Hasta ahora no han



podido centrarse en esto —contestó—. Sólo me han dicho que desde hace un tiempo algunas hadas no quieren ni entrar en ese bosque.

—Bien —dijo J.R.—, el tema parece grave. Seguramente les vendrá bien si vamos el equipo al completo. ¿Qué os parece?

—¡Claro! —exclamamos todos a la vez—. Pongámonos en marcha cuanto antes.

—Yo iré en el todoterreno. Vosotros adelantaos con Diomedea y así vais conociendo el terreno. ¡Vamos! ¡Bosque Amigo en marcha de nuevo!

Chocamos nuestras palmas y nos dispusimos a preparar lo necesario para esta aventura. Me alegré de haber estudiado la resina precisamente en este último cuatrimestre en la universidad. Eso me ayudaría a entender mejor el problema. De todas formas, metí en mi mochila los apuntes tomados en clase por si pudieran servirme de algo. ¿Cuál podría ser el problema? Nunca había oído que un pino o, como en este caso, todos los pinos, decidieran dejar de dar resina. No era posible...

Son árboles que cuando superan los 30 centímetros de diámetro, aproximadamente a los 50 años de vida, se les inicia el resinado, que consiste en hacerles unas incisiones en el tronco. Es una hendidura que provoca la salida de esa sustancia pegajosa y espesa de color anaranjado que todos hemos visto o incluso tocado en nuestros paseos por el bosque. Esta secreción resbala por el tronco y se recoge en un pote que se vacía cada 15 o 20 días. Cada año se sube un poco la in-

cisión y a los cinco años se cambia de lado. Cuando el tronco queda rodeado por cinco surcos se da por terminado el aprovechamiento del árbol. El resinero mima a sus árboles, no los maltrata. No entiendo que un árbol pueda dejar de producir resina... ¡Vaya misterio!

Todo esto andaba yo pensando cuando Gato me hizo una seña para que mirara hacia abajo. Diomedea se aproximaba a una enorme extensión de pinos gigantescos. Habíamos llegado a nuestro destino sin casi darnos cuenta. La albatros aterrizó levantando una tremenda polvareda. La tierra estaba reseca y cuarteada en aquel claro. Pronto me di cuenta de que el sueño que pisábamos era el lecho de un río seco. “¡Vaya! Sí que está siendo dura la sequía por aquí”, pensé.

Gato se despidió agitando sus alas y voló hacia el interior del bosque. Poco después, Jars se perdió en el tronco de un árbol. Imaginé que también allí tendrían un laberinto de túneles bajo el suelo.

Me encaminé a una pequeña caseta que vi justo a la entrada del bosque. Como ésa, veríamos muchas más por la zona. Eran las antiguas casetas que utilizaban de refugio los resineros y que todavía hoy les servían en ocasiones tanto para dejar herramientas o víveres como para pasar las tormentas si les cogían por allí.

Llamé por teléfono a J.R., que desde el manos libres me informó de que aún le quedaban unas dos horas para llegar, así que decidí caminar hasta el pueblo, en el que vivían la mayoría de los resineros y sus familias. Por el camino observé los pinos con sus surcos blanquecinos y los potes, en su mayoría vacíos como nos dijo Jars.

Toqué las hendiduras en los troncos. En la mayoría la resina no



estaba fresca, no parecía manar. ¿Qué les pasaría a los pinos? ¿Tal vez la sequía estaba provocando esa escasez? Mi cabeza bullía tratando de entender y andando y andando entré en un pequeño pueblo de casitas nuevas y ordenadas alrededor de una plaza que en aquellos momentos era un hervidero de personas. Iba a comenzar una asamblea de vecinos, así que me senté discretamente en un banco de madera algo alejada del jaleo y me dispuse a escuchar mientras esperaba a J.R. y a su colega Tadeo, que se ocupaba de la gestión de los recursos forestales de aquella zona.

—¡Vecinos! —tronó la voz de un hombre que se había subido a un cajón de madera para hablar—. Gracias por venir. Como sabéis, el problema que tenemos es grave y nos atañe a todos. Muchos de nosotros vivimos como resineros, la mayoría como complementos a otros trabajos, pero sin eso nuestras familias sufren. No llegamos a final de mes, el pueblo entero está sufriendo. ¿Qué les pasa a nuestros árboles? ¿Por qué la resina no mana?

—No llueve —gritó una mujer—. Hace meses que no cae ni gota y años que no llueve lo que debería. Desde el incendio que hubo en los montes del norte hace tres años, parece que las lluvias se asustaron y no pasa ni una nube por aquí.

—¡Es cierto! —corearon muchos vecinos.

—Desde que se retomó el oficio de resinero en la zona, las lluvias habían venido cuando debían y el bosque parecía otro. Hasta el incendio. Precisamente ahora —dijo otro— que el precio de la miera ha subido, nosotros nos quedamos sin producto.

—¡Esto es la ruina! Con el parón de resina en invierno al menos tenemos la recogida y la venta de setas y las labores de limpieza y embolsado de pellets, pero ahora no tenemos nada —dijo asustada una mujer con varios niños alrededor.

En ese momento recibí un mensaje de J.R., que ya estaba llegando, así que salí de la plaza y me dirigí hacia la carretera por la que debía llegar. Al poco vi su coche, que levantaba polvo a pesar de no ir muy rápido.

—¿Qué tal? —me preguntó al bajar—. ¿Alguna novedad?

—Los vecinos están reunidos ahora mismo en la plaza tratando el tema. Están preocupados por las pérdidas y creen que se debe a la sequía.

—Hombre, pues sí, ciertamente la producción siempre se ve afectada con la falta de agua, pero nunca hasta este punto —comentó.

—Ven —le dije—. Vamos a ver los árboles. Hablemos allí con Jars y Gato, a ver si ellos saben algo más.

—Sí, me parece bien. Después iremos a hablar con Tadeo.

Y, dando un paseo, nos adentramos entre aquellos enormes árboles.

En pie sobre una pequeña ramita, Jars jugaba a mantener el equilibrio. Gato llegó enseguida y juntos dedicamos un rato a inspeccionar los árboles, los potes y las heridas de cada uno. Realmente parecían estar secos. Como si se negaran a dar una gota.

—Parece cosa de brujas —dije yo.

—No, de brujas no —dijo Gato—. Pero de alguien con malas intenciones sí. Mirad, fijaos bien. No creo que sea cosa de la falta de



agua... —y nos señaló unas pequeñas marcas que tenían los troncos alrededor de las hendiduras.

—¿Qué crees que puede ser esto? ¿Alguno lo sabe? —pregunté.

—Ni idea —J.R. había sacado una lupa y observaba las marcas, los potes y los alrededores de los árboles—. Excepto estas pequeñas marcas, no se ve nada extraño. Si alguien se estuviera llevando la resina habría huellas de idas y venidas, alguien les habría visto y, además, se vería resina manar por los surcos.

Por más vueltas que le dimos fuimos incapaces de desentrañar aquel misterio.

—J.R., ¿tú sabes por qué durante los últimos años del siglo XX y primeros de este España apenas produjo resina? ¿No sería que pasó algo como esto? —pregunté.

—No, qué va. El problema entonces fue que algunos productos derivados de la miera se sustituyeron por productos químicos y además se empezó a traer de otros países con mano de obra más barata. Pero hace no más de ocho o diez años se reactivó la producción, resurgió con fuerza y hoy en día su valor ha subido mucho, se han creado miles de puestos de trabajo y se asegura el futuro de todos estos pinares. Así que tenemos que dar con la solución de este misterio antes de que se extienda a otros lugares.

Caminamos de nuevo hacia el pueblo mientras se hacía de noche. Gato y Jars se alojarían aquella noche con nosotros en la pensión del pueblo para poder elaborar un plan de acción todos juntos.

Tadeo, un viejo amigo de J.R., parecía desanimado tras la reunión

de vecinos.

Nos instalamos en una mesa del bar para charlar mientras cenábamos. Mis amigos escuchaban desde mi mochila la conversación.

—Es inexplicable —dijo—, es como si hubieran embrujado el bosque. Desde hace dos meses los árboles no dan resina, los animales que no han huido se esconden asustados ante cualquier ruido, los pájaros no cantan o se han marchado... Es todo muy raro —suspiró profundamente y se pasó la mano por la frente, como tratando de echar los malos pensamientos.

—Bien, si eso es así tiene que haber alguna causa. Ten por seguro que nuestro equipo va a hacer lo imposible por descubrirlo.

—¡Ojalá lo consigáis! Muchas familias viven de estos bosques. Algunas de ellas se trasladaron aquí tras el gran incendio, como ya sabéis. Sería horrible que tuvieran que volver a marchar...

—Tranquilo, amigo —le dijimos a la vez—. Empezaremos hoy mismo a investigar.

Cuando se marchó subimos a mi habitación y, sentados en la cama, fuimos diseñando el plan de acción.

Aquella misma noche volvimos al bosque. Realmente estaba silencioso. J.R. pidió disculpas a un enorme pino y le hizo una incisión justo en el lado contrario a donde tenía la otra. A la mañana siguiente veríamos si había salido algo.

Jars se marchó a buscar a otros duendes, que hasta ese momento no habían aparecido, cosa muy extraña.

Y Gato voló a la cueva de los Cuatro, donde sabía que vivían las hadas de aquel bosque. Todos dormimos poco y mal aquella noche,

pero nos levantamos temprano y nos reunimos donde el árbol de las dos heridas.

—¡Mirad! —dijo J.R., señalándolo. Unas gotas anaranjadas asomaban por la incisión—. ¡Sí dan resina! ¡No son los árboles! ¡Como dijo Gato, hay alguien o algo que está robando el producto! Pero, ¿cómo?

—La reina de las hadas me ha contado que desde hace meses algunas de las hadas de este bosque, al ir volando por la noche, han tenido extraños accidentes. Ellas dicen que algo parecido a turbulencias o torbellinos las hicieron caer. Otra parece que chocó con algo que le hizo perder el sentido... Qué raro todo —dijo Gato, moviendo su cabecita.

—Pues mis amigos sencillamente no están. Ni uno. Lo más raro que he visto. Se han marchado al bosque de al lado. Los animales no quieren volver y ellos tampoco.

Pensé que las cosas, en vez de aclararse, se embrollaban más y más. Vaya misterio.

—Bueno, pues estamos nosotros solos, así que no tenemos más remedio que poner todos nuestros sentidos y todo nuestro esfuerzo. Esta noche empezamos la vigilancia —dije, tratando de animar—. Jars, tú estarás con J.R. en la zona norte y Gato y yo estaremos aquí. Ahora, mientras J.R. y yo vamos con Tadeo a la fábrica, vosotros tratad de hablar con los animales que huyeron, a ver si os dicen algo.

Habíamos quedado con Tadeo para visitar las instalaciones donde toda la resina recogida se destila y depura. Las naves estaban algo alejadas del pueblo, pero mereció la pena la visita.

Supe que tras ese proceso de depuración se obtiene un producto



sólido, la colofonia; y otra líquida, la trementina. Con ellas se hacen tintes, adhesivos, barnices, esmaltes, pinturas, chicle, productos para impermeabilizar, etc. También se utilizan en la industria farmacéutica para hacer las cápsulas, por ejemplo. En fin, la lista parecía no acabarse nunca. Era maravilloso ver un ejemplo más de cómo el bosque provee de recursos al ser humano y lo importante que es que éste sea responsable de la protección y el cuidado de los árboles. Me alegré al saber que España era el mayor productor de Europa. Aquello era muy buena señal así que era urgente encontrar una solución al misterio.

Llegó la noche y bien pertrechados con termos de café y bocadillos, nos separamos con la esperanza de dar con el culpable. Gato y yo nos subimos a una rama alta pero accesible de uno de los pinos. Jars y J.R. decidieron esconderse en unos matorrales.

En total silencio fueron pasando las horas. Me estaba entrando un sueño horrible cuando me pareció oír algo. Miré a Gato. Tenía los ojos más grandes y abiertos que nunca. Me hizo un gesto para que no hiciera ningún ruido y volvimos a oírlo. Era como un murmullo o un pequeño motorcillo, muy leve. Después unos golpecitos. Y silencio. Y otra vez el mismo murmullo...

Entonces llegó a nuestro árbol. Nos quedamos muy quietas y entonces lo vimos. Parecía un pájaro gris, casi negro, pero no tenía alas... Era... ¡Oh! ¡Era un dron! Pero no, eran un enjambre de drones diminutos que enganchaban tres especies de garras en el tronco y

absorbían sin ningún ruido la resina directamente de las incisiones. Y así cada noche. ¡Pero quién sería el cerebro de tal robo!

Gato me dijo por señas que iría detrás de aquellos monstruitos metálicos, mientras yo corría a buscar a J.R. Lo encontré corriendo también hacia mí igual de enfadado por lo que habíamos descubierto, ¡pero además él había cogido a uno de los ladrones mecánicos!

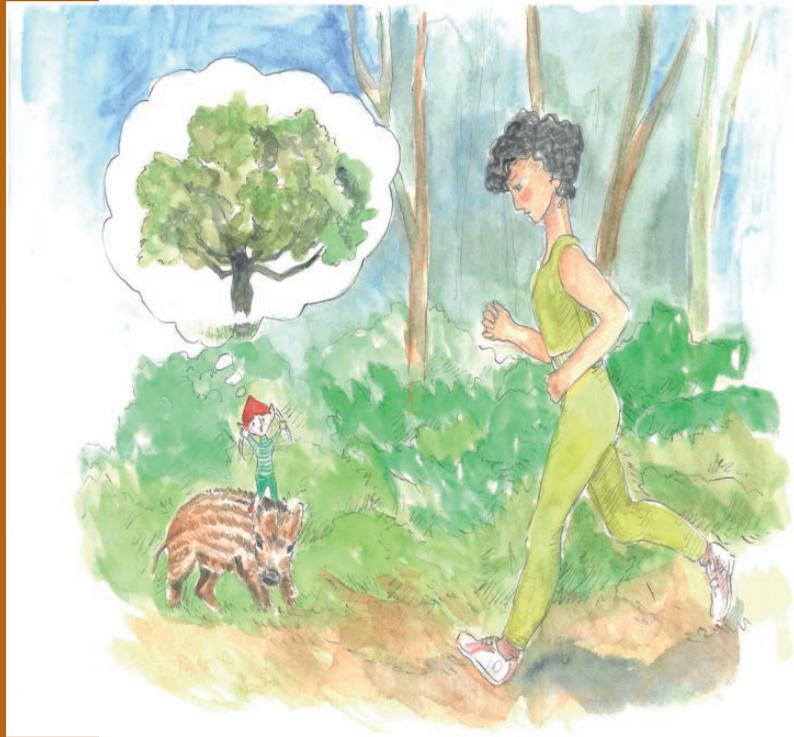
Terminamos la noche en la comisaría poniendo una denuncia contra una empresa que hacía poco se había instalado en el pueblo. Hasta allí había llegado Gato y vio como cada dron vertía en bidones la resina robada. Debían de venderla fuera de España. Los primeros días habían fumigado el bosque con una sustancia que ahuyentó a la mayoría de los animales para evitar la pérdida de alguno de sus aparatitos. Los duendes, al ver huir a los animales, habían ido detrás para intentar que volvieran. Pero todos se negaban. Aquellos drones chupaban la resina cada noche en vez de permitir que fluyera naturalmente. Eso ponía en peligro a los árboles. Las vibraciones de los motores además molestaban a todos los seres vivos, que no querían volver.

El pueblo dio una fiesta al día siguiente y todo volvió a ser como hasta entonces. Nadie pensó, ni por un momento, que las máquinas fueran una alternativa a los resineros. ¡Ni hablar! Las máquinas habían dejado un bosque vacío. En cuanto se fueron, la vida volvió.

También nosotros volvimos a casa, contentos y satisfechos, aunque

la verdad es que muchas noches, en mis sueños, volvieron a aparecer esos bichos metálicos, como garrapatas, que le chupaban la sangre a mi bosque. ¡Pero Bosque Amigo siempre vencía!





# El árbol que salvó al pueblo

Me encontraba yo corriendo monte arriba sintiendo los pulmones a punto de estallar por el esfuerzo, pero con el corazón rebotante de alegría, como cada vez que, fuera para pasear, para correr o para meditar, me daba un baño de bosque, cuando mi querido Jars me salió al encuentro montado sobre un pequeño jabato al que parecía que le hubieran pintado las rayas con regla, tan rectas las tenía.

—¡Jars! ¡Casi te atropello! —dije, frenando en seco para no pisarles. El pobre jabato me miró con sus ojos redondos y negros al tiempo que olfateaba hacia mí, desconfiado, con su chata naricilla.

—Tranquilo, Sully. Es mi amiga Duna —dijo acariciando tras las orejas al animal. Y dirigiéndose a mí, exclamó—. ¡Tengo una terrible noticia que nos llega del sur!

Jars movió sus manitas, nervioso. Se quitó el gorro y miró más allá del bosque.

—El Gran Alcornoque del Sur ha caído esta madrugada —dijo, triste—. Esta vez el viento pudo con él.

—¡Noooo! ¿El alcornoque centenario al que visitamos hace dos veranos? ¡No puede ser! ¡Con lo grande y fuerte que era!

—Así es, Duna. Tal vez fue su tamaño lo que le hizo caer. Demasiado peso para tantos años... La cosa es que están preparando un encuentro

para darle las gracias por todo lo que dio y me imagino que Bosque Amigo irá al completo, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —contesté sin pensarlo dos veces—. Voy ahora mismo a hablar con José Ramón y tú ve a buscar a Gato. ¡Nos vemos en casa en media hora!

Y sin más, eché a correr monte abajo con el corazón un poco menos feliz por la pérdida de aquel gigante maravilloso.

Al llegar a casa, antes de llamar a J.R., me puse frente al ordenador y busqué como una loca en mi galería de fotos hasta dar con lo que buscaba. Allí estaba: Verano '16. Me quedé mirando aquel árbol imponente y noté cómo las lágrimas comenzaban a rodar sin control por mis mejillas. Uf, sí, realmente aquel gran árbol merecía nuestro homenaje.

Fue una suerte enorme que todos pudiéramos aparcar las tareas que teníamos entre manos, así que en menos de dos horas viajábamos camino del sur.

Nuestra albatros, siempre fiel y dispuesta a llevarnos por lejos que fuera a nuestras misiones y aventuras, planeaba en aquellos momentos sobre una gran extensión de encinas. Jars, que se comunicaba con cualquier ser vivo, nos dijo que todos, árboles y animales, mandaban su saludo y reconocimiento al viejo alcornoque.

Como sabéis, los árboles se comunican entre sí por sus raíces que, gracias a los hongos, crean una verdadera red de colaboración e información alucinante. Así, el árbol madre, será el núcleo de vida que ayudará a crecer a otros más pequeños y alimentará a los hongos y setas que no pueden

elaborar su propio alimento. Seguro que el gran alcornoque, un ser antiguo y poderoso, dio vida y alimento a muchos seres que ahora sufrían su desaparición.

José Ramón iba en su todoterreno con algunos amigos más, pues la noticia les había sorprendido volviendo de una conferencia en un instituto que no quedaba lejos de allí. De hecho, cuando Diomedea aterrizó a las afueras del pueblo, le vi charlando con varios amigos. Estaban Luz, Martina, Tadeo y más gente que yo no conocía. Y en el centro, cada vez más pequeño y arrugado, Sayid. ¡El viejo Sayid! ¡Qué ilusión me hacía volver a verle!

Le conocí al mismo tiempo que al gran alcornoque. Él me contó su historia, la del árbol hasta donde él sabía y la suya propia desde que, siendo casi un niño, había llegado a España desde Marruecos para trabajar en la saca del corcho.

—¡Cuánto bueno! —dijo al verme—. Nos encontramos de nuevo, aunque esta vez para despedir al anciano —su voz, cascada y temblorosa, denotaba emoción—. Bien, es ley de vida ¿verdad, niña? —dijo, cogiendo mi mano.

Echamos a andar por un camino entre cientos de alcornoques que lucían en su mayoría sus troncos pelados. A ellos ahora les tocaba volver a fabricar durante siete a diez años su gruesa capa de corcho.

—Mira, Duna. Este es mi bisnieto Nahir, el pequeño de la familia —dijo, señalando con la cabeza al niño moreno y espigado sobre el que se apoyaba—. Tiene buenos brazos para el trabajo, aunque también tiene



buena cabeza para estudiar —añadió, orgulloso.

—Yo quiero ser como don Sebastián —dijo, convencido—. Él trabaja con los árboles, pero de otra forma. Ha ido a la universidad. Mi padre dice que eso es muy difícil, pero es lo que yo quiero así que estoy estudiando mucho en el colegio y saco buenas notas. Mi tía Fátima dice que, con esfuerzo y ganas, seguro que seré ingeniero de montes como él — y señaló a don Sebastián, que caminaba junto a J.R. unos pasos por delante de nosotros.

Sayid movía la cabeza asintiendo.

—Serás lo que quieras ser —dijo.

—Pues claro que sí, Nahir. Estudia mucho, pero aprende también de tus mayores el valor del trabajo, el esfuerzo y el hacer lo que haces con cariño y dedicación. Así llegarás donde te propongas —añadí.

Seguimos caminando, ya en silencio, por aquella estepa. Los alcornoques, árboles típicos del bosque mediterráneo, eran parecidos a las encinas, pero con aquel “vestido” del corcho que les protege de los fríos y sobre todo del fuego, pues el corcho no arde. También dan bellotas, pero más pequeñas y amargas, aunque muchos animales se las comen y así limpian también de maleza los campos.

Por fin llegamos. Nos quedamos parados, sobrecogidos y emocionados. El viejo y gran alcornoque yacía vencido. Sus más de quince metros de altura, su tronco robusto, con una gran corteza que hace años habían decidido no sacar para evitarle estrés, recordaban a un barco varado en la arena. Lo que no debe ser. Lo que no queremos ver.

Había venido mucha gente, algunos simplemente se hacían el consabido selfie para subir a sus redes sociales pero los más permanecían sentados alrededor en un silencio respetuoso. Al rato algunos comenzaron a contar anécdotas o leyendas relacionadas con él. Y así fue cayendo la noche, pero nadie se movía. Unos sacaron unos farolillos de led, otros compartían su comida.

Vi a las hadas que sobrevolaban el tronco rociándolo de alguna sustancia que no supe identificar. Y Jars, junto a muchos otros duendes, entretejían con las raíces una especie de puerta que sellaba la entrada al subsuelo que había quedado al descubierto al caer.

Algunos se acercaron a saludar a Sayid, que era toda una institución entre los corcheros de la zona. Todos le conocían como el que mejor hacía la “saca” porque siempre conseguía las planchas más grandes, que eran las más preciadas. Su hijo y su nieto también habían sido expertos, siempre al frente de cuadrillas fiables, pero nadie llegó al récord de Sayid.

Pero a él todo aquello no le importaba. Él siempre decía que el árbol le hablaba y que sólo había que escucharle.

—Si el árbol no quiere, no da —decía—. Siempre hay que escuchar al árbol para no dañarle. Dar el corte con brazo firme. Y agradecer, siempre ser agradecido.

Algunos chicos y chicas jóvenes sacaron la guitarra y empezaron a cantar bonitas canciones de su tierra. Unos niños correteaban y jugaban, otros dormían ya sobre el regazo de sus madres y padres.

Y así, entre anécdotas y leyendas, entre recuerdos y futuros, se fue pasando la noche sin que nos diéramos cuenta. Al amanecer vino un inge-



nero de montes especialista en patología forestal que había sido como “el médico” de este y otros muchos árboles de la zona. Cogió muestras, hizo fotos y puso finalmente su mano sobre el tronco a modo de despedida. Después llegaron los jornaleros del Ayuntamiento para empezar a cortarlo y transportar su leña y la gente se fue marchando hacia sus casas.

Quién sabe, tal vez algún día pueda tener en mi jardín un descendiente del gran alcornoque. Aquel árbol había vivido casi 400 años. Había dado su envoltura, su piel, innumerables veces. Y también había sido respetado y querido hasta el final.

Sayid, que a pesar de las protestas de su familia había querido estar allí toda la noche, inclinó su cabeza en señal de respeto y despacito, agarrado a dos chicos que también debían de ser bisnietos, volvió hacia su casa. Nahir hacía horas que se había ido, pues aquella mañana no podía faltar al colegio, pero antes de irse había cogido mi mano y había puesto en ella una pequeña bellota.

—Toma, Duna. Es suya —me dijo, señalando al árbol caído—. Llévala contigo y plántala en tu jardín. Así siempre lo tendrás cerca —y, dándose la vuelta, echó a correr.

Ahora apretaba la bellota en mi mano y me llenaba de alegría pensar que la vida seguía, que había futuro. Y yo quería formar parte de él. J.R. me rodeó con su brazo y me dio un beso. ¡Qué suerte tenía! Él me había enseñado desde pequeña a dar importancia a lo realmente importante. A agradecer lo que se nos da y a dar para ser feliz. Como los árboles. Como el bosque.

Pasamos el día en el pueblo, comimos con la familia de Sayid, gente maravillosa y acogedora que nos hablaron sobre su trabajo y nos contaron

mil anécdotas. Tras el postre, fuimos con ellos para ver cómo lo hacían y era verdaderamente impresionante. Miraban el árbol y de un solo golpe hacían una línea vertical en la corteza. No tocan la madera, no hieren el árbol. En poco más de diez minutos han acabado. Las planchas de corcho las cargan bien amarradas sobre los mulos y de ahí a la fábrica.

—Y después, ¿qué pasa cuando se acaba la corta temporada de “saca”? —pregunté.

—Antes era horrible. Había que irse lejos y buscar lo que fuera —dijo Hilal, hijo de Sayid—. Ahora, desde que mi nieta Fátima y su marido montaron la empresa, hay trabajo para la familia y mucha gente del pueblo durante todo el año.

—¡Ah, qué bien! —exclamé—. ¿De qué es?

—Imagínate —rió Hilal—. Fabrican corchos que hoy en día compran muchas bodegas de la zona, pero sobre todo elaboran con los restos, suyos y de otras fábricas, planchas de conglomerado de corcho que sirve de aislante en muchas cosas, ¡hasta para los satélites espaciales! —dijo, señalando al cielo—. Y también fabrican una tela de corcho con la que hacen bolsos, ropa y todo lo que te puedas imaginar.

Hilal estaba tan orgulloso y feliz de lo conseguido por su familia, que se le iluminaba la cara y los ojos, chiquititos y rodeados de arrugas, le brillaban como teas.

Sentados en aquel patio encalado junto a Sayid y su bonita familia, comenzamos a notar como se nos cerraban los ojos de sueño. Fátima, que estaba en todo, nos dijo:

—Me parece que será mejor que durmáis en una buena cama antes de iniciar el viaje de regreso, ¿verdad?



—Sí, creo que si me pongo al volante ahora voy a ser un peligro — asintió J.R., bostezando.

—Os prepararé una habitación en un segundo —dijo Nahir—. Yo me voy a dormir con mis primos y os dejo mi cama.

J.R. se levantó y le revolvió el pelo con cariño.

—Gracias, Nahir, pero no te preocupes. Creo que alguno del grupo, con buen criterio, reservó en la pensión habitaciones para todos. ¡Luz! — llamó.

Luz estaba aprendiendo a tocar el loutar, un instrumento marroquí de la zona del atlas, de donde procedía Sayid, y se partía de risa por su torpeza.

—¡Dime, J.R! Desisto, no aprenderé en la vida y mira que parecía fácil —dijo riendo y devolviéndole el instrumento a Muna, otra de las nietas de Sayid—. Reservasteis habitación para hoy, ¿verdad?

—¡Claro! De hecho creo que va siendo hora de que nos marchemos y dejemos descansar a esta gran familia —dijo, poniéndose en pie y tirando de mí para que hiciera lo mismo.

Nos despedimos de todos con la promesa de volver. Sayid, desde su silloncito ajado, me hizo una seña para que me acercase.

—Hija, recuerdas lo que te dijo ayer Nahir, ¿verdad? Yo sé lo difícil que es salir de la inercia, romper con todo y tomar decisiones que puedan herir a los que quieres. Yo lo hice cuando me vine a España y me fue bien, jamás me arrepentí. Sólo te pido que estés ahí por si él te necesita, por si duda o se encuentra por el camino algún escollo que no sepa esquivar. Ese chico sabe lo que quiere y yo sólo deseo que lo consiga —Sayid apretaba mis manos con las suyas, retorcidas como sarmientos pero aún fuertes.

—Estate tranquilo, voy a seguirle muy de cerca y le haré saber que cuando me necesite no tiene más que silbar —le dije, sonriendo—. Pero creo que no debes preocuparte. Tienes una familia impresionante, no creo que nadie le ponga trabas para llegar a donde quiere; al contrario.

—Así pienso yo también, sí, pero nunca se sabe —y cerró los ojos. Yo le di un beso en la frente y salí.

Me apetecía caminar un rato y sobre todo encontrarme con Jars y Gato, con los que apenas había estado desde el día anterior. Así que en vez de ir directos a la pensión de Blasa, fuimos dando un rodeo y callejeando por el entonces silencioso pueblo. De detrás de unas macetas de geranios cuajados de flores, salió Jars con cara de urgencia.

—¡Por fin! ¡Llevo años esperando que salierais de ahí! Años... o tal vez siglos —dijo, aparentando estar ofendido.

—¡Oh, oh! ¿Ha pasado algo? ¿Una nueva misión? —pregunté, asustada.

En ese momento llegó Gato a toda velocidad, tanta que tuvo que agarrarse a mi pelo para frenar.

—Hola, chicos. ¿Ya os habéis enterado? ¿Se lo has contado, Jars? —dijo, mirando con sus enormes ojos al duende.

—Bueno, bueno, tranquilos. Empezad por el principio. ¿Qué es eso tan importante? —trató de poner orden J.R.

—Pues veréis, en estas horas interminables de espera, mientras vosotros comíais y charlabais como cotorras en casa de Sayid, Gato y yo hemos descubierto dos cosas muy importantes.

Gato movió su cabecita, asintiendo.

—Una buena y otra mala —precisó.

—Bien, empecemos por la buena, por favor —dije.

—¡Esa la digo yo! —dijo Gato, volando frente a nosotros—. En este pueblo la gente ha aprendido a vivir en armonía con la naturaleza. Saben que su forma de vida, su sustento, es un regalo de los árboles y ellos devuelven el favor con un trabajo bien hecho. Son un verdadero modelo de gestión.

—Sí, eso me ha parecido. Y realmente es una muy buena noticia. Pero ahora viene lo malo, ¿no es así? —aguardé, expectante.

—Así es. Aunque para algo está aquí Bosque Amigo. ¡Para poner remedio! —dijo, ufano—. Cuando anoche estuvimos tapando la entrada bajo el Gran Alcornoque, uno de nuestros sabios estuvo inspeccionando las raíces con detenimiento. Cuando acabó dijo muy serio: le ha atacado la seca. Así es como llaman a un hongo que infecta a este tipo de árboles y que si se extiende puede acabar con todos los alcornoques de este bosque.

José Ramón, que conocía perfectamente los síntomas y las consecuencias de aquella enfermedad, exclamó:

—¡No puede ser! Pero si no daba muestras de estar infectado, al igual que los demás árboles, parecía sano. Ni ramas secas, ni hojas caídas... A no ser...

—¡A no ser que la infección estuviera empezando y aún estemos a tiempo de detenerla y evitar que se extienda al resto! —gritó entusiasmado Jars.

—Así es —añadió Gato—. Las hadas pensamos que el viejo árbol, al sentir en sus raíces la presencia del hongo, decidió dejarse vencer por el

viento para que nos diéramos cuenta del peligro que corrían los demás. De alguna forma se entregó para salvar a los árboles y con ellos a todo el pueblo.

José Ramón y yo nos quedamos sin palabras. Aquello era realmente extraordinario, pero había que actuar con rapidez para conseguir detener la infección, así que no perdimos ni un segundo. Avisamos a don Sebastián, éste llamó al patólogo forestal que justo acababa de confirmar en su laboratorio que las raíces del alcornoque estaban infectadas y todo se puso en marcha con la ayuda de todo el pueblo.

Se acotó el perímetro del árbol caído para que ni personas ni animales pudieran llevar restos de la infección con sus pisadas. A los árboles de la zona se les trataría de forma preventiva durante meses y se harían inspecciones frecuentes para controlar que todo fuera bien.

Al verano siguiente, justo cuando se cumplió un año de la muerte de aquel árbol generoso, el pueblo dio una fiesta en su honor. Allí nos reunimos de nuevo todos, felices al ver que todo seguía igual: árboles sanos y gente contenta. El alcalde inauguró una bonita estatua del alcornoque justo en el centro de la plaza, con una placa en la que se podía leer:

Al Gran Alcornoque del Sur, el árbol que salvó este pueblo.

Nos encantó esta iniciativa y eso nos sigue dando fuerza para que Bosque Amigo siga viajando por este país maravilloso, concienciando a grandes y pequeños de que nuestros bosques son imprescindibles para la vida, que ellos nos dan todo lo que tienen y merecen ser queridos, respetados y bien gestionados por todos.



# Actividades

## ACTIVIDADES

1

**Encuentra en la sopa de letras los nombres de los personajes que aparecen en las aventuras de Duna DUNA, INGENIERO, FORESTAL, GATO, JARS, LUZ**

A	R	O	P	H	A	Y	A	H	I
M	R	L	L	Z	X	C	V	E	N
A	C	S	L	Q	D	R	A	G	G
R	A	S	E	Z	U	L	K	A	E
T	S	O	O	Ñ	N	Q	P	T	N
I	T	H	O	M	A	A	N	O	I
J	A	R	S	E	A	R	A	P	E
A	Ñ	R	I	I	R	L	S	O	R
X	O	A	B	U	E	L	O	I	O
L	F	O	R	E	S	T	A	L	O

2

**Completa las siguientes frases:**

Los bosques p..... multitud de pro.....necesarios para los s..... h.....Es nuestro deber c..... y gest..... adecuadamente para las .....nes f.....

Se puede v.....r de los b.....s siempre que se g.....n de forma s.....le

La g.....n sos..... de los bosques ay.....a a cr.....r ri..... en las z.....s ru.....es

## ACTIVIDADES

---

3

### Contesta estas preguntas.

a) ¿Crees que sólo contaminan y destrozan la naturaleza las industrias, los incendios provocados...?

---

---

---

---

c) Escribe tres cosas que hacemos mal y tres que deberíamos hacer para poder sacar productos de la naturaleza.

---

---

---

---

---

---

c) ¿Se deben hacer barbacoas en el monte sobre todo cuándo hace calor?  
¿Por qué?

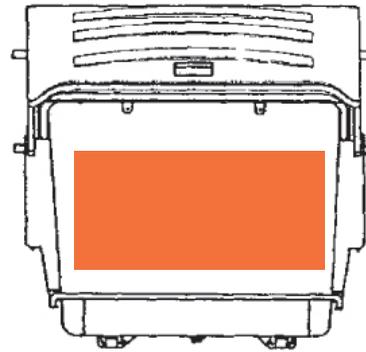
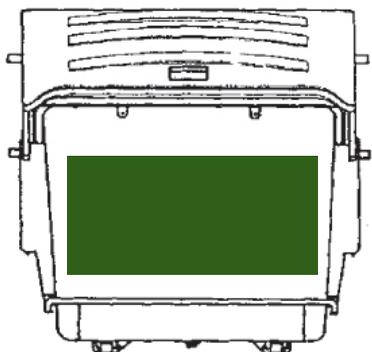
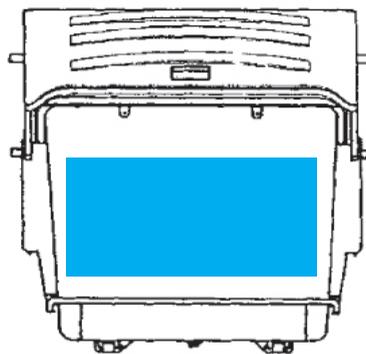
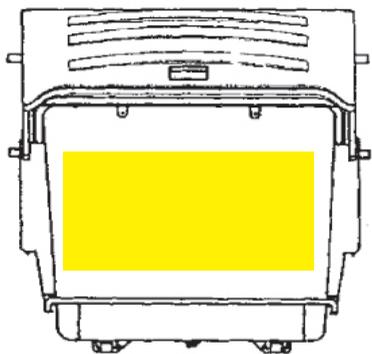
---

---

4

**Ayúdanos a colocar cada cosa en su contenedor para mantener el bosque limpio después de una excursión.**

Residuos de comida, vasos y platos de papel, botellas de cristal, botes de refrescos...



## ACTIVIDADES

---

5

**Dibuja un producto que se saque del bosque con una buena gestión**



6

**Describe cuatro razones por las que se deben gestionar los bosques**

---

---

---

---

## ACTIVIDADES

---

7

**Piensa en cuatro cosas en tu casa o a tu alrededor que provenga de los bosques**

---

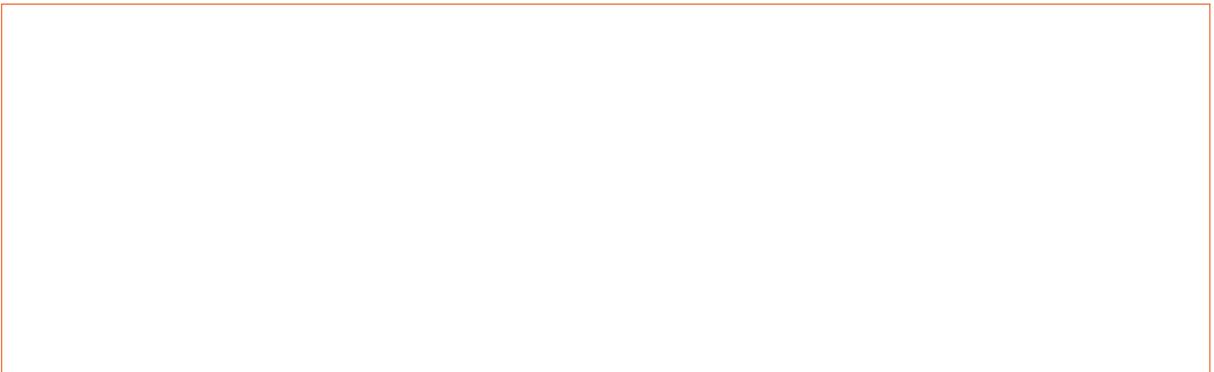
---

---

---

8

**Crea tu cartel (grupos de cuatro). Inventa un lema y realiza un dibujo que invite a cuidar y mejorar los productos que nos da el bosque**



“CUENTOS DESDE EL BOSQUE” es una serie de libros realizada con el objetivo de concienciar a los más pequeños de la importancia de los árboles y los bosques y aportar un recurso didáctico tanto para los padres como para los profesores.

*Duna es una chica lista y muy activa. Ella, junto con su padre y sus compañeros del Bosque Amigo, se enfrentarán a estupendas aventuras dentro del bosque.*

Edad 12-13 años